

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873. — TOMO XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 32. — N° 1,054.

SUMARIO.

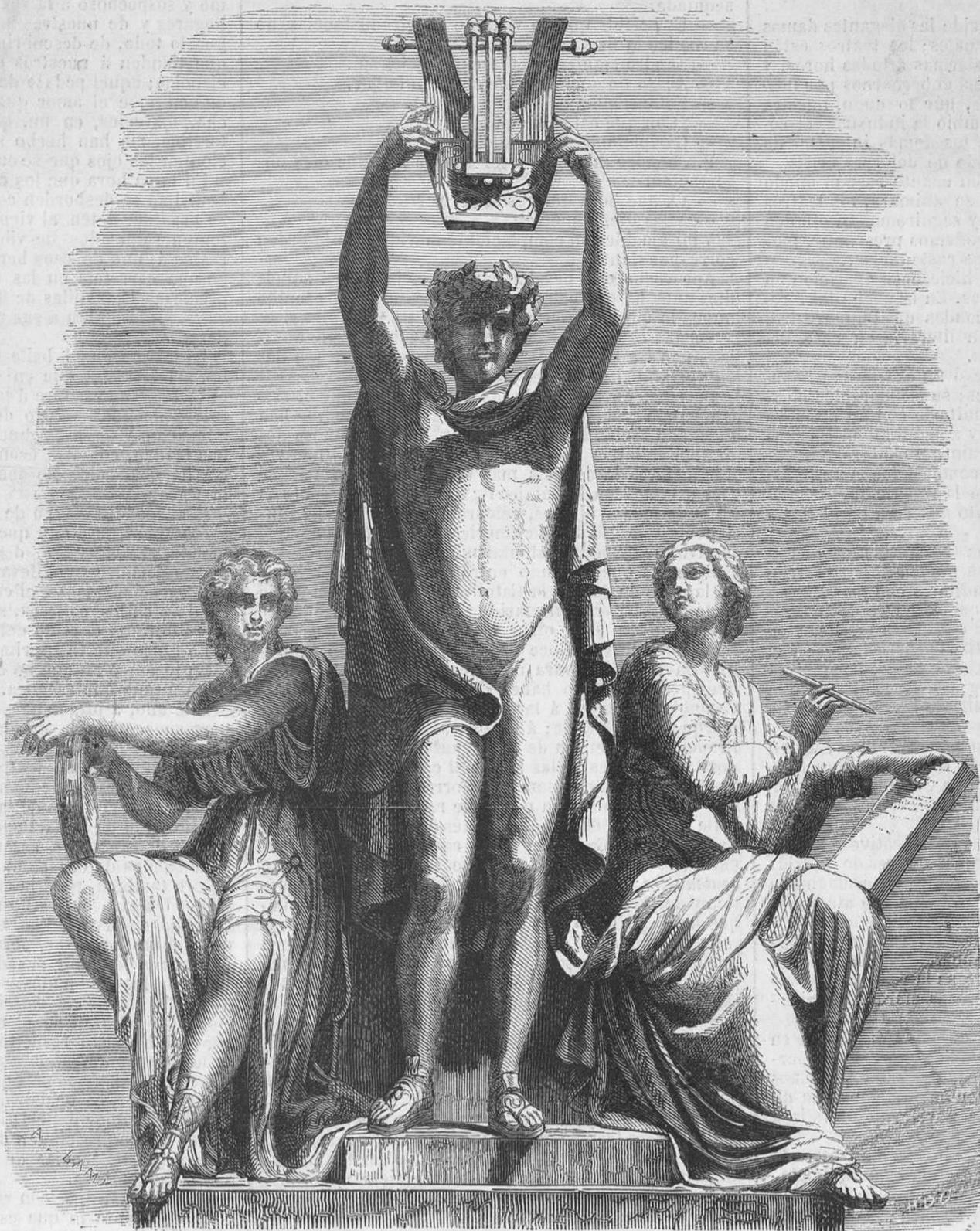
Revista española. — Apolo; grabado. — **Revista de París.** — Sucesos de Madrid; grabados. — Poesía. — Fachada del nuevo Teatro de la Ópera de París; grabados. — Estudios morales. — Mara ó la joven desconocida. — Las músicas militares de París; grabado. — El capitán Maury; grabado. — La velada en la choza; grabado. — El manuscrito de un loco. — El « Bourayne » y los piratas chinos; grabado.

Revista española

Triste cuadro de la situación que atravesamos. — Los vice-versas de España. — Sarraos. — Novedades teatrales. — Libros nuevos. — Apuros de una señora. — Cuentos de locos. — Un suicidio. — Dos novios. — Un retrato.

Hoy con mas razon que en una de mis anteriores revistas, podría calificar de novela despeluznante lo que acontece en mi querida patria.

En veinte y ocho dias, precisamente en el mes mas corto del año, hemos visto desaparecer una dinastía y hemos pasado del régimen monárquico al republicano, sin sentir, como quien dice, casi sin apercibirnos de ello.



APOLLO, grupo central del coronamiento del nuevo Teatro de la Ópera, por M. Millet.

No en vano tiene la fama España de ser el país de los *vice-versas*. En los primeros dias del mes nace un infante, suenan los cañonazos de ordenanza, engalánanse los edificios públicos con la bandera nacional, celébrase la ceremonia de la presentación del regio vástago, distribúyense entre los personajes de la situación títulos, banderas, cruces, relojes, botonaduras, alfileres... los dinásticos con la alegría de la digestión se felicitan unos á otros, creyendo consolidada la monarquía democrática.

A los pocos dias los artilleros, ofendidos por una medida del gobierno, piden su licencia.

El gobierno lleva á las Cortes esta cuestion; la Asamblea se pone al lado del gobierno, y el rey, desposeído moralmente, por este acto, del prestigio que necesita la monarquía, imitando á los jefes y oficiales artilleros, presenta la dimision de su cargo.

La Europa se conmueve. ¿Qué va á suceder en España? los carlistas en armas, los socialistas en acécho, los petroleros preparando los barriles y las brochas, los conservadores no sabiendo conservar mas que su individuo... ¿qué va á ser de este país?

La alarma de la Europa se comprende, pero nosotros los españoles netos sabemos por experiencia que aquí sucede todo lo contrario de lo que debe suceder, razón por la cual fumamos muy tranquilos sobre un barril de pólvora, ó asistimos con calma á la funcion de la política, lo cual es lo mismo.

En el espacio de tres ó cuatro días ha presentado Don Amadeo su dimision, nos ha llamado en su mensaje *ingobernables*, las Cortes han asumido todos los poderes, los entusiastas monárquicos se han convertido en entusiastas republicanos, se ha proclamado la República, y todo esto, que en cualquier país habria producido violentas convulsiones y costado rios de sangre, lo ha conseguido España sin mas sacrificio que el de haber pasado una noche en vela los representantes de la nacion.

Verdad es que se han cometido algunos desórdenes en pueblos de Extremadura; verdad es que las familias acaudaladas emigran al extranjero; verdad es que los soldados, fraternizando con el pueblo, arrojan las armas y piden la licencia absoluta, con lo cual nos quedamos sin ejército, pero de todos modos, ponga cualquiera la mano sobre el corazón, y diga si no es causa de asombro lo que ha pasado aquí, y el modo que ha tenido de realizarse.

Entre tanto, y para completar el cuadro, diré, que si Figueras, Castelar, Pi y Margall y algunos otros inspiran confianza, teme el país, no sin razón, que los rojos les empujen y la cuestion política se convierta en cuestion social.

La mejor prueba que hay de este temor es el afán con que los propietarios, comerciantes, padres de familia, en una palabra, todos los que tienen algo que perder, se reúnen por barrios, prescinden de cuestiones políticas y se arman para defender vidas y haciendas.

Por otra parte, los voluntarios carlistas se aumentan, y todo hace creer que vamos á pasar un largo periodo de emociones. Sirva este breve bosquejo para explicar por qué inauguro con noticias políticas mi revista, yo que soy tan enemigo de todo lo político, y que tantas promesas he hecho á mis lectores de no entristecerles con esta clase de relaciones.

Pero es demasiado importante y trascendental lo que sucede, para que no se refleje en todos los actos y escenas de la vida contemporánea.

Como he indicado, los que tienen dinero con tanto miedo como poco patriotismo, se escapan á bandadas al extranjero.

De los paseos han desaparecido las elegantes damas que paseaban en lujosos carruajes; los teatros están muy poco concurridos; hay alarmas á todas horas, y hasta que nos acostumbremos á gobernarlos por nosotros mismos, si lo logramos, que lo dudo, nuestra vida será política, pero en cambio la industria, el comercio, las letras, las artes y los demás intereses de la sociedad, pasarán un periodo de dolorosa crisis.

Pero durará poco, porque en cuanto pase el miedo de los primeros días, Madrid se animará, los teatros y paseos estarán concurridos y seguiremos triunfando y gastando, porque de todo podemos prescindir, menos de estar alegres como unas castañuelas.

Antes de que la República hiciese su aparicion en Madrid, hubo magníficos saraos. En la noche del 5 recibieron á sus amigos los condes de Puñonrostro, poco despues hubo recepcion literaria en casa del marqués de las Dos-Hermanas.

En esta solemnidad Retes leyó un excelente romance, digno de él y de los oyentes; su inseparable Polux, Perez Echevarria, deleitó al auditorio con un precioso soneto; Ruiz Aguilera fué muy aplaudido en *Un consejo á los poetas* y en sus epigramas y cantares.

Alarcon leyó una lindísima composicion *A un retrato*, que mereció los honores de la repeticion.

Por poco le sucede otro tanto á Correa en *el Pró y el contra*.

Los jóvenes poetas Laserna y Santibañez dieron despues nuevas muestras de su númen poético; Grilo arrebató, como siempre, al auditorio con *las Ermitas de Córdoba* y *la Nochebuena*, que hubo de decir á satisfacción general, y con una oda *A Cuba*, llena de magníficos rasgos y de patrióticos pensamientos; y el noble Anfitrión puso término á la fiesta, leyendo un bellissimo soneto y algunas páginas descriptivas de la catarata del Niágara, fragmento de las Memorias de sus viajes.

Los condes de Vilches dieron una magnífica funcion teatral, y lo propio ha hecho la señora de Riquelme, estrenando en su lindo teatro una comedia del brigadier Fernandez San Roman, titulada *Del dicho al hecho hay gran trecho*.

Hé aquí lo que acerca de los preparativos de esta fiesta dice el mejor cronista de los salones de Madrid: «Meses há venia anunciándose que seria magnífica y brillante; y esta vez la realidad ha dejado atrás á la imaginacion.

No sé qué talisman misterioso posee la amable criolla, con el cual lleva á cabo las mas imposibles empresas; pero lo cierto es que nada resiste á su voluntad, y que consuma asombrosas maravillas y sorprendentes prodigios.

Pretende celebrar una representacion dramática en su casa, y faltándole los actores antiguos, por haberse ausentado de Madrid los unos, por estar enfermos los otros, crea en breves momentos una compañía diferente, compuesta de artistas noveles que rivalizan con los veteranos.

Desea que en lo mas crudo del invierno aparezca la primavera, y brotan allí, al lado de la camelia inodora, la rosa de penetrante perfume; junto á la violeta modesta, el clavel arrogante y soberbio; junto al nardo embriagador, la celinda suave y delicada.

Quiere que la linda bombonera, el pequeño escenario, donde su *troupe* va á hacer alarde de su talento

artístico, rivalice en fausto y pompa con el régio coliseo, y llama á Ferri para que le pinte un precioso telon, una elegante embocadura, dos admirables decoraciones.

Y al mismo tiempo encarga riquísimos trajes al famoso sastre Paris y á la célebre modista Honorina; y todo llega á tiempo, lo mismo las flores traídas á carros de Valencia, de Barcelona y de Sevilla, que los lienzos procedentes del taller del distinguido pintor escenógrafo.

Por último, anhela que el espectáculo sea completamente nuevo, y el señor Fernandez San Roman escribe rápida y felizmente una comedia *ad hoc*, acomodada á las facultades, á las aptitudes de los que deben representarla.»

Hasta aquí el cronista. No es posible negar que la señora de Riquelme posee una vara mágica.

Como mas adelante diré algo de la comedia estrenada en los salones de tan ilustre dama, me limitaré aquí á decir que la fiesta ha dejado indelebles recuerdos en la aristocrática sociedad madrileña.

Otro de los notables saraos que ha habido en el mes de febrero, ha sido el celebrado en la embajada de los Estados Unidos.

Tuvo lugar precisamente en los momentos de mayor alarma. Una de las damas que ha asistido á este sarao, refiere de este modo sus impresiones.

«Al revés: dotada de un carácter varonil é intrépido, me agrada mas cualquiera cosa, cuando para conseguirla es menester afrontar riesgos y peligros.

Dice mi marido que yo he nacido *yankee*, como otras nacen duquesas ó actrices; y es posible que no se equivoque. Complázcome en alcanzar aquello que es difícil, y en luchar con todo género de contrariedades. Así, á pesar de la agitacion y del pánico que reinaban en Madrid el sábado último, manifesté categóricamente «al compañero de mi vida» la intencion firme é incontrastable de ir á la legacion de los Estados Unidos.

— Pero quizás seas la única señora, opuso mi marido en descargo de su conciencia.

— Mejor, le contesté; de ese modo estaré mas obsequiada.

— Es posible que en vista de las circunstancias, no se realice la fiesta.

— Tendré siquiera el placer de vestirme.

— Acaso no encuentres con quien bailar.

— Entonces me dedicaré al buffet.

— ¿Con que estás decidida á ir?

— Completamente decidida.

P... conoce mi genio y no añadió ninguna otra observacion.

— ¿A qué hora quieres el coche?

— A las diez y media.

Y mi amable, mi complaciente marido, dió la orden correspondiente.

Aprovecho esta ocasion para hacer justicia á aquel; diez años há que estamos casados, y no hemos tenido nunca lo que se llama vulgarmente *un sí ni un no*.

Verdad es que él hace siempre cuanto se me antoja. — ¡Vaya usted á disputar con un hombre tan dócil y galante!

Púseme, pues, uno de los tres vestidos que el sastre Worth y la modista madama Laferrière me han mandado recientemente de Paris, y de los cuales dos se quedarán sin estrenar; quise lucir por última vez mis mejores joyas, mis mas ricos brillantes. Porque ¿no estamos en República? ¿No tenia por objeto el baile de mister Sickles, celebrar el natalicio del fundador de la República americana? Luego ¿con qué motivo mejor podia ostentar mis galas y mis preseas?

Eran las once cuando entré en los lujosos salones de la calle de Isabel la Católica, y desde el principio pude advertir que mi marido se habia equivocado.

Estaban en ellos otras señoras; no muchas, pero llegarían á unas quince ó veinte; no poseo yo tu prodigiosa retentiva para nombres propios, ¡oh Asmodeo! pero recuerdo haber visto allí á la condesa del Campo de Alanje; á la de Torrejon, con su hija la marquesa de Tejada; á la esposa del embajador de Francia; á la señora de Emparanza con su hija la señorita de Barnés; á las hijas del conde de Trigona; á las señoras de San Juan y de Torres Adalid, y á otras que mi infiel memoria no puede recordar.

De hombres, estaba el marqués de Bouillé; el baron Canitz; el Sr. Castelar; sin la camelia blanca que un periódico francés pretende que lleva siempre en su *boutonnière*; casi toda la juventud del cuerpo diplomático y del *Veloz-Club*; algunos hombres políticos, aunque no de primera fila, y varios artistas y literatos.

En cuanto á mí, puedo asegurarte que me divertí mucho: como éramos pocas las que bailábamos, me pidieron 22 *quadrilles*, 40 walses y 10 cotillones; total, 72; de los cuales dejé la mayor parte para el año que viene.

Tú sabes la manera afable y cariñosa como Carolina y Laura Sickles reciben á sus amigos y convidados; aquella noche se excedieron á sí mismas, haciendo los honores de su casa con exquisita distincion.

Orquesta, *buffet*, cena, todo fué de primer orden, y cuando á las tres de la mañana, concluido el cotillon, se acercó á mí P..., y poniéndome suavemente la mano sobre el brazo, me dijo sin impaciencia, sin mal humor, con acento tierno y paternal:

— ¿Quieres que nos marchemos? ¿Debes estar rendida!

Volví en mí como de un sueño, y le contesté con mi mas plácida sonrisa:

— Vamos. Te aseguro que no estoy ni poco ni mucho cansada.»

Creo que basta para formar una idea del baile y de la aptitud de nuestras bellas, la descripción que acaban de ver mis lectores.

El carnaval, por efecto de la política, ha estado desanimadísimo; hubo alarmas, carreras y disgustos. La gente no ha estado para bromas.

Lo único notable del carnaval ha sido un precioso artículo de Grilo, del que os regalo para muestra el siguiente fragmento:

«Estudemos las caretas. Aquellos ojos no pestañean, y sin embargo, nos miran.

Aquellas bocas no se mueven, y sin embargo, hablan. El conjunto abigarrado de tantos rostros distintos constituyen verdaderamente un *juicio final* de trapo y de carton. Junto al semblante mas rollizo, mas fresco y sonrosado, aparece una sonrisa bobalicona al rostro del idiota mas incapaz. Al lado de un Luzbel con patillas y gafas verdes, lanza un ángel de almazarron su mirada inverosímil que revela el último brochazo de albayalde, y todos, en orden *desordenado*, forman un contraste delicioso que á nadie deja de llamar la atencion.

Yo me finjo despues aquellos rostros en la tarde de la broma, pensando, discutiendo, gritando desafortunadamente, mintiendo con la impasibilidad mas sostenida, y siendo el muro mas impenetrable para guardar el secreto de la fisonomía que se ha confiado á ellos.

La careta fuma, bebe, ama, llora, suspira, hosteza, canta en la estudiantina, discretea en el baile, embroma en todas partes, y obedece, en fin, ciegamente al rostro que lleva detrás.

El disfraz es peligrosísimo, sin embargo, en muchas ocasiones. Aquella voz que se finge, aquellos ojos que se clavan en nuestros ojos sin que podamos descifrar sus miradas de ira, de indignacion, de cariño ó de insultante desprecio; aquella mano desconocida que puede ser tal vez la mano de nuestro enemigo; aquellas frases desordenadas del *tú* y *yo*, del *¿me conoces?* y *te conozco*; aquel *conocimiento*, efectivamente, íntimo y sospechoso á la vez de los secretos de nuestros hogares y de nuestras familias; aquel afán de averiguarlo todo, de descubrirlo todo, especie de falsa red que tienden á nuestros corazones y á nuestras conciencias; aquel pedazo de lienzo, detrás del cual puede ocultarse el amor que espía, la traicion que acecha, los celos, en fin, que sueñan con un proyecto terrible, me han hecho siempre fijarme con prevenicion en los ojos que se ocultan para mirarme.

En buen hora que los cabellos rubios de una mujer bellísima se desborden como un torbellino de oro por su espalda, floten al viento como hilos de luz, se ostenten salpicados de violetas, y presten encantador realce á uno de esos hermosos tipos que se reclinan en una carretela en las tardes del Prado; y que en preciosas canastillas de flores llevan primorosos *bouquets*, y obsequian á sus amigos con exquisita delicadeza.

Lo mismo en el baile que en el Prado, en el salon aristocrático que en el paseo, en la *soirée* que en el teatro, se descubre á la persona distinguida, aun á través del mas velado de los trajes. El aroma de la educacion y de la elegancia trasciende, en quien ambas brillan, como la esencia de rosa en la caja que las ha guardado. No temais que estas personas se disfracen.

El verdadero riesgo de la careta es el secreto que se descubre, la honra que se mancha, el pudor que se ofende, el rencor ó el despecho que aguardan el momento decisivo para llevar á cabo una venganza.

Desgraciadamente, el carnaval que concluirá, en el Prado y en los coliseos, seguirá reinando entre nosotros durante el resto del año.

Lo único que se suprime es la careta.»

En lo único en que no estoy conforme con Grilo, es en lo último que asegura.

Este año, á juzgar por lo que se ve, hemos resuelto permanecer con la careta puesta. ¡Dios sabe si nos ahogará!

Hablemos algo de teatros.

Pocas y escasas de mérito han sido las novedades que han ofrecido los de la capital.

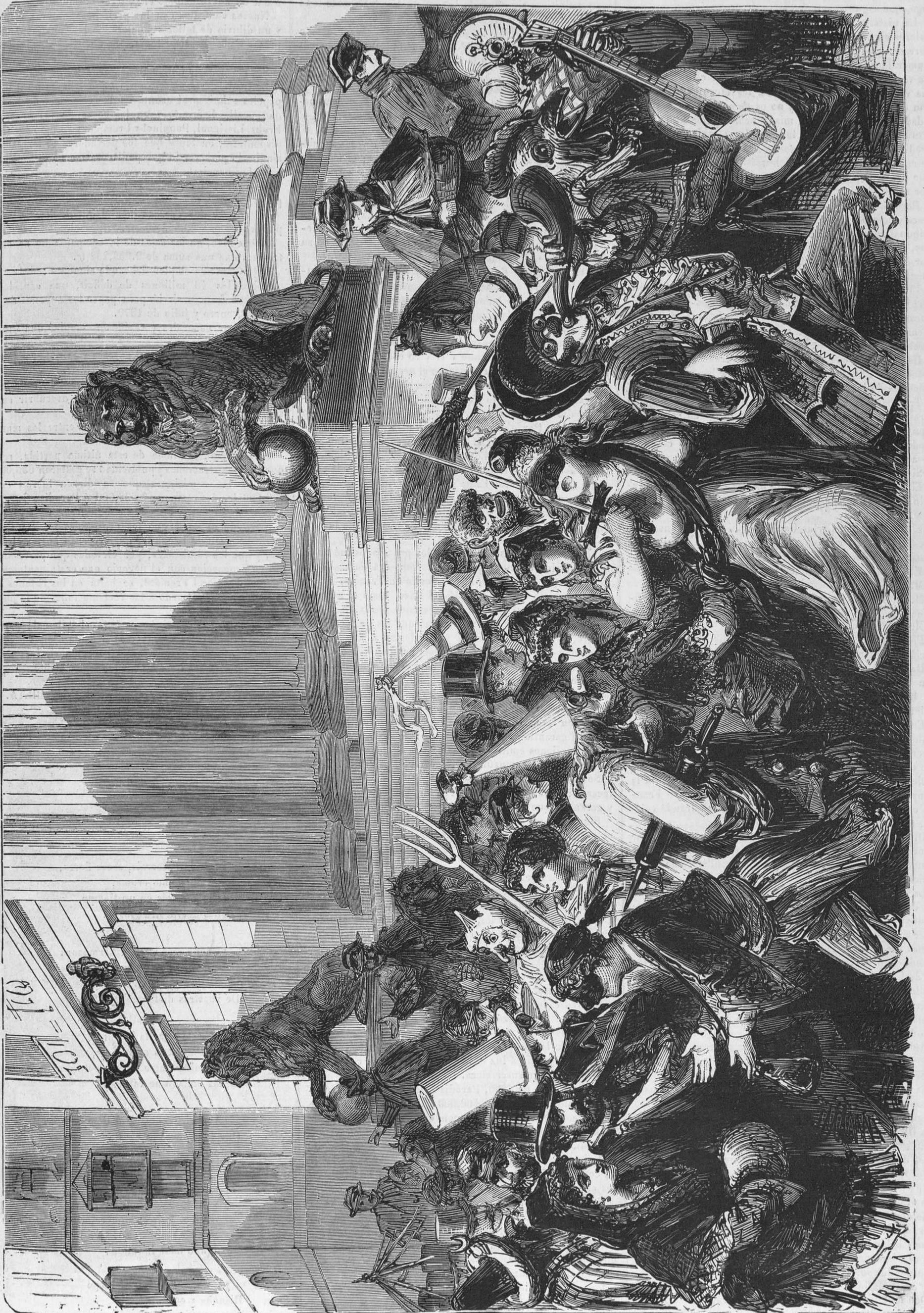
Solo en el de la Zarzuela vive y prospera la titulada *Sueños de oro*; lleva sesenta representaciones, y los tales sueños de oro se han convertido en realidades, de oro tambien, para la empresa.

En el teatro del Circo se ha estrenado una nueva comedia de Marco, ligera y chispeante en la forma como todas las suyas, pero poco sustanciosa.

Despues de haber pasado un par de horas entretenido con los incidentes y peripecias que constituyen la fábula de *Receta matrimonial*, que así se titula la comedia, preguntase el espectador si ha aprendido algo; si ha visto resuelto algun problema social; si se le ha proporcionado alguna leccion saludable.

La *Receta matrimonial* que se le propina es oportuna, es eficaz, es decisiva, si se funda en la práctica de los principios del cristianismo. Si aquellos á quienes se dirige prescinden de ellos, no servirá para modificar las diferencias de los caracteres ni el influjo de las costumbres.

En el teatro, dice con razon un crítico, preferimos constantemente lo que es humano á lo que tiene un origen distinto; queremos que el corolario resulte de los mismos hechos, y no que sea producto de la disertacion y del sermoneo: en una palabra, que la en-



SUCESOS DE MADRID. — Aspecto de la plaza del Congreso durante la crisis ministerial, en los días de carnestolendas.

prevenirle; solo le queda la represion por medio del castigo, que segun vemos, no sirve de escarmiento.

La historia de las casas de cambio donde se reciben valores en depósito, y de la noche á la mañana aparecen cerradas y el banquero en fuga, causando la ruina de innumerables familias, se repite continuamente y sin ninguna variacion apreciable en los periódicos como una noticia vulgar que ya solo interesa á los incautos que se fían de falaces promesas; y no es menos comun la infidelidad de los cajeros. Esta misma semana ha sido preso un alto empleado de uno de los grandes establecimientos de crédito de Paris, el *Comptoir d'Escompte*, que hacia años se entregaba á operaciones bursátiles, con los fondos de que podia disponer fácilmente, operaciones que han dado por resultado un déficit de medio millon de francos.

Pero todo esto son pequeñeces comparado con la gigantesca estafa de que se está ocupando la sétima sala del tribunal correccional de Paris, proceso interesante si los hay, por la clase y número de los acusados, y sobre todo por la cantidad de millones de francos que se hallan en juego.

El asunto es complicado y por lo tanto de difícil análisis; pero contiene revelaciones tan curiosas y una enseñanza tal para los accionistas presentes y futuros, que vamos á consagrarle esta revista en la persuasion de que nuestros lectores verán con interés tan asombroso cuadro.

Hace cosa de cuatro años la prensa francesa comenzó á entonar en coro las alabanzas de una de las empresas mas colosales de los tiempos modernos.

Tratábase de la creacion de un ferro-carril que debia atravesar la América del Norte, poniendo en comunicacion el Océano Atlántico con el Océano Pacífico, de cuyo modo tendria por estaciones todas las grandes ciudades de aquel vasto continente.

Siete son los procesados, á saber:

El general Fremont, que fué un día competidor de Lincoln á la presidencia de los Estados Unidos.

M. Auffermann.

El baron Felipe Carlos Gaudrée-Boileau, ex-cónsul general de Francia en Nueva York, ex-ministro plenipotenciario en el Perú.

M. Enrique Probst, comerciante en Londres.

M. A. Lissignol, ingeniero civil.

M. A. Crampon, propietario y periodista en el ramo financiero.

M. de Poupinel, propietario.

Figuraba además en la lista M. Paradis, director de un periódico financiero, que ha fallecido últimamente.

De la extensa relacion de los hechos que han dado origen á la causa leída por el abogado de la República, M. Berard des Glageux, vamos á tomar los puntos siguientes:

En junio de 1870, se presentó al Senado de los Estados Unidos, un bill para incorporar á nombre del general americano Fremont, la línea férrea designada con el nombre de Memphis el Paso and Pacific rail Road; y el honorable M. Jacobo Howard, tomó la palabra y denunció á la compañía en cuestion, porque habia organizado en Francia con el concurso de algunos franceses un fraude colosal, mónstruo, nunca visto.

Dijo que era una infame conspiracion para engañar fraudulentamente á un pueblo amigo, y suplicaba á sus compatriotas que rechazaran semejante bill, como así lo hicieron.

La relacion del abogado fiscal entra seguidamente en los detalles, para explicar lo que era el ferro-carril de Memphis el Paso en 1867, cuando el general Fremont vino á ser presidente de la compañía; cómo secundado por los demás procesados, la transformó fraudulentamente en una grande empresa americana, útil á los intereses industriales de Francia, para atraer á los capitales franceses; cuál fué la operacion y cuáles los resultados; cómo la justicia intervino, cuál es el carácter de los hechos de la empresa y cuál la parte de responsabilidad que corresponde á cada uno de los procesados.

Antes de 1856, existian varias líneas férreas de las orillas del Atlántico al Misisipi que conducian todas á la importante ciudad de Memphis en el Misisipi y el Ohio; unas partian de Norfolk, otras de Baltimore ó de Charleston, todas pertenecientes á sociedades distintas; pero ninguna habia tratado de salvar la distancia de Memphis á San Diego.

El 4 de febrero de 1856, la legislatura del Estado de Tejas dió una ley que constituia la compañía de Memphis el Paso, línea que debia comenzar al extremo Este del Estado para llegar al Paso en la frontera Oeste, con varios ramales.

Se abrió una suscripcion que produjo un millon de dollars, y en 1861, cuando estalló la guerra de secesion, apenas habia hechas 66 millas del camino, de las 813 de que se compone.

Suspendiéronse los trabajos, y cuando despues quisieron continuarlos, no habia fondos y sí una deuda de 40,000 dollars: el único activo consistia en cierta cantidad de acres de tierra dados condicionalmente á guisa de subvencion, como se acostumbra en los Estados Unidos.

Excusado es decir que estas concesiones de terreno no son definitivas sino cuando la compañía ha terminado todo el trayecto.

En suma, en 1867 la situacion era esta: un proyecto de línea con un principio de ejecucion, una suscripcion que habia fracasado, una deuda flotante, concesiones de tierras subordinadas á la conclusion de las obras y un crédito público agotado.

El general Fremont, viendo este asunto muerto en América, resolvió hacerle vivir con capitales franceses.

Dejemos un momento la palabra al abogado fiscal:

« El general Fremont, dice, ha sido tres veces candidato á la presidencia de los Estados Unidos; se ha dado á conocer por sus viajes en el Far West y sus tratados científicos, se ha ilustrado en la guerra de secesion; pero en las cuestiones de dinero la probidad no hace su gloria.

» Casado con Mlle Benton, hermana de la señora del cónsul de Francia en Nueva York, el baron Gaudrée-Boileau, resolvió utilizar la situacion diplomática de su cuñado y le unió á sus intereses.

» El procesado Gaudrée-Boileau habia conocido durante la guerra á un tal Probst, contratista del ejército, y habiéndole presentado á Fremont, este le nombró agente responsable de la compañía en Francia.

» Probst buscó á Lissignol, ingeniero de minas, hombre inteligente y activo capaz de llevar á buen término una empresa; pero como el uno y el otro eran extraños á las maniobras bursátiles, traspasaron el negocio, reservándose sus comisiones, al procesado Crampon, financiero muy conocido y propietario del periódico *la Finance*. Crampon cedió tambien sus derechos bajo ciertas reservas de beneficios á Paradis, propietario de otro periódico financiero, á quien secundaba un hombre conocedor tambien de las cosas de Bolsa, Eduardo Poupinel. Por último, un tal Auffermann, americano, era pagador adjunto de la compañía en Nueva York. Estos siete procesados (Paradis ha muerto, como hemos dicho ya, durante la instruccion de la causa) componian bajo la direccion del general Fremont, el personal prodigiosamente interesado, de la empresa. »

Lo primero en que pensaron los procesados fué en la trasformacion del negocio, que tal como era en realidad, naturalmente no habria obtenido éxito en Francia.

Así pues, la línea de Memphis el Paso, tomó el nombre de Trascontinental para hacer creer que ponía en comunicacion los dos Océanos; se afirmó que las líneas de Baltimore, Washington, Norfolk y Charleston á Memphis eran propiedad de la compañía; que esta compañía las explotaba hacia muchos años y que daban sobre seiscientas leguas de trayecto rendimientos magníficos.

Además, entre otras suposiciones todas gratuitas, figuraba la de que el Congreso de los Estados Unidos habia votado en favor de la Compañía del Trascontinental-Pacific, una garantía de interés á 6 por 100 y de reembolso de las obligaciones emitidas y que eximia de todo derecho el material que la compañía haria entrar en América.

Sobre tales bases se dispuso la emision de bonos hipotecarios, á los cuales atribuyeron un carácter, un objeto y garantías que no tenian.

Sin embargo, para asegurar la emision era preciso que el gobierno francés autorizase la cotizacion de los bonos en la Bolsa; para lo cual los procesados se entregaron á una larga série de intrigas.

Fingieron que se cotizaban en Nueva York, y con este motivo presentaron en Paris un documento falso; y como esto no bastara, hicieron pedidos de máquinas y de rails á constructores franceses, que se apresuraron á pedir la autorizacion, porque en ello se interesaba la industria nacional. Decian estos constructores, con la mejor buena fe, que la ocasion era única para abrir la América á la metalurgia francesa y que en caso de dificultades, los alemanes se llevarian los pedidos.

El sindicato de la Bolsa y el ministro resistian, hasta que el cónsul Gaudrée-Boileau, vió dos veces al sindico y logró desvanecer sus dudas.

Obtenida la aprobacion el 8 de marzo de 1869, inmediatamente se dió á luz el negocio, esto es, se convidó al público á que se suscribiera.

El 3 de abril de 1869, Paradis hizo varios tratados para los anuncios: uno de 100,000 fr. con una agencia de periódicos, otro de 60,000 con otra agencia y otro de 40,000 por artículos que se habian de insertar en ciento treinta diarios de los departamentos.

Todo periódico que se permitiera una palabra de critica contra la empresa, quedaba excluido del beneficio de los anuncios.

Se rompió el fuego y aun no hemos olvidado que hasta el *Journal Officiel*, insertó largos artículos acompañados de mapas, que ponian en las nubes semejante empresa.

En cuanto á carteles, no se veia otra cosa en las esquinas.

Con tal publicidad, el resultado era seguro.

Con efecto, abierta la suscripcion el 15 de mayo de 1869 en las oficinas de Paradis, produjo la suscripcion de 4,795 bonos de á 1,000 dollars, ó sea una cantidad de 18.994,955 francos, estafada al público francés.

En junio comenzó á disminuir la venta y llegó á Paris á dar un nuevo empuje el general Fremont.

Nuevos contratos con los periódicos, nuevos artículos, y un diluvio de folletos ponderando las ventajas de la empresa. Cada suscriptor tenia, por decirlo así, el título de una mina de oro.

Sin embargo, en 1869 comenzaron las quejas.

La justicia francesa se puso en movimiento, ocupó los papeles relativos al asunto en la residencia de la sociedad, calle Lafayette y en las casas de los procesados Probs, Lissignol, Poupinel y Crampon y recogió los fondos disponibles, en tanto que los portadores se formaban en sindicato para ver lo que podian salvar en esta atroz catástrofe financiera.

Hé aquí el cuadro de los resultados de la famosa empresa.

El engaño del Trascontinental-Pacific ha costado al público francés 20.643,463 fr.

Ahora bien, en las cajas de la compañía no se encontró mas que una suma de 2.039,282 fr.

Lo restante se empleó del modo siguiente:

Sobre los 18 millones de déficit, una cantidad de 1.981,099 francos sirvió para pagar los cupones de julio de 1869, enero y julio de 1870.

En gastos generales y sueldos se empleó una suma de 140,765 fr.

Se pagó á constructores franceses y extranjeros por material y gastos de transporte, 2.782,314 fr.

Se envió á América al general Fremont la cantidad de 6.466,112 fr., sin que se haya podido descubrir en qué se ha gastado tal dinero.

Por último, en Francia se quedaron entre los manipuladores del negocio, 5.454,747 fr.

De la cuenta detallada de esta última partida, resulta que en remuneraciones y publicidad se gastaron 635,000 fr. y luego las comisiones que se dieron fueron estas: 775,000 fr. á Crampon; 2.538,000 á Paradis; 977,000 á Probs y Lissignol, y lo restante á Auffermann y á otros.

Excusado es decir que los procesados franceses dicen que estuvieron de buena fe, que creyeron bueno el negocio, y que las comisiones, por elevadas que parezcan, están en proporcion con el negocio que era gigantesco; en cuanto al general Fremont, se halla en los Estados Unidos haciéndose el sordo á las reclamaciones de la justicia francesa.

Aun no ha pronunciado su fallo el tribunal; pero los accionistas incautos están ya bien sentenciados á perder su dinero. Si siquiera tan colosal leccion sirviera de escarmiento, algo se habria ganado, seguramente.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

A UNAS ROSAS SECAS.

¿Dónde encerrais, secas flores,
Aquel dulcísimo aroma,
Que exhalásteis en un tiempo
Ufanas de vuestra gloria?

¿Dónde está vuestra hermosura
Gala de la selva umbrosa?
¿Do los variados matices
De vuestras diáfanos hojas?

¿Do está aquella lozanía
Que ostentásteis orgullosas,
Al descollar entre flores
Menos bellas que vosotras?

¡Ay, tristes flores, el tiempo
Que todo voraz lo agosta
Disipó vuestra fragancia,
Vuestro color, vuestra pompa!

¿No recordais algun día,
Tal vez mas feliz que ahora,
Si entre las manos os vísteis
De alguna falaz hermosa?

¿Y no os acordais si luego
Risueña y encantadora
A su rostro os acercara,
De vuestro olor, ambiciosa?

¿Y no quedaron entonces
Corridas vuestras corolas,
Viendo mas bellos matices
En el coral de su boca?

¿No recordais si empapando
Vuestros tallos, cuidadosa,
Despues entre esencias gratas
Os colocara en su alcoba?

Y allí, decid, ¿qué mirásteis?
¿Visteis peregrinas formas,
Sin rubor y sin cautela
Descubrirse ante vosotras?

Y por ventura, ¿advertísteis
Si distraida la hermosa,
Murmuraba dulcemente
Algun nombre allí á sus solas?

¿No visteis si dentro el seno
Buscó tambien presurosa
Algun billete, y si luego
Leyólo inquieta y absorta?

Y al concluir ¿sonreía
Satisfecha y orgullosa,
O suspiró y triste llanto
La bella faz inundóla?

¿Visteis despues si á leerlo
Volvió nuevamente ansiosa,
Y si sorprendida á un ruido
Tornóla á su seno pronta?

Billetes afortunados,
¿Cuánta, cuánta es vuestra gloria,
Y cuánto os envidio, cuánto,
Un arca de tanta honra!

Y, flores, la misma bella
¿No visteis si cautelosa
Tras su ventana acechaba
Al que en pos de amor rondóla?

¿Visteisla acaso ensayando
Ante su espejo, afanosa,
Ya sonrisas hechiceras,
Ya miradas seductoras?

¿Os acordais si mezcladas
Mas luego entre ricas joyas,
Disteis gracias y perfumes
A su cabellera blonda?

¿Y no recordais festines,
Y danzas voluptuosas,
Donde al par os columpiásteis
De vuestra linda señora?

Pues no volvereis, oh flores,
A gozar tan dulces glorias,
Porque ya todo ¡infelices!
Terminó para vosotras.

Que lo que el tiempo en la tierra
Furioso una voz agosta,
A ser lo que fuera un día
Por segunda vez no torna.

Hoy os mirais condenadas
A escuchar, ¡oh secas rosas!
Las que yo exhalo querellas
Al rigor de mis zozobras...

Mas no temais que indolente
En cruel desamparo os ponga,
Porque os persiga sañuda
La desgracia aterradora.

Que aun cuando en polvo os convierta
La furia del tiempo, indómita,
Nunca, nunca abandonaros
Podrá mi alma bondadosa.

Sereis mis dulces amigas,
Compañeras bienhechoras,
Que me traerán de ventura
Recuerdos á la memoria.

Y juntos lamentaremos
Las penas que nos agobian,
Cual juntos gozamos dichas
En época ya remota.

Vereis tambien asomarse
De mis ojos en las órbitas
Doliente llanto, y verterlo
Por vuestro mal gota á gota.

Que vuestros duros pesares
Mucho, oh flores, me acongojan,
Porque yo sé cuánto pena
Quien goces perdidos llora.

Yo sé lo que el triste sufre
Al recordar sus historias,
Porque tambien tengo una
Aquí en el alma recóndita.

Tuve yo un tiempo felice,
De mi edad la dulce aurora,
Que solo gratas visiones
Me arrullaban, tumultuosas.

Tiempo de amor, de ventura,
De ilusiones seductoras,
En que tan solo placeres,
Soñaba mi mente loca,

Y cual las vuestras yo tuve
Dulces y encantadoras horas,
Y apuré tambien deleites
En ricas doradas copas.

Y ví ruidosos festines,
Y en danzas abrasadoras
Ví en brazos de mil galanes
Reclinadas, mil preciosas.

Entre ellas una encontréme
Como el alba inspiradora,
Cuyos mágicos hechizos
Envidiábanle las otras.

Allí rendido contéla
Mis cuitas amantes todas,
Y compasiva y afable
Allí tambien terminólas.

¡Oh flores, testigos fuísteis!
¿No os acordais, secas rosas?
Yo os ví lozanas entonces
Llenas de vida y aroma.

Sí, yo os miré, y envidioso
Suspirando por vosotras,
Vinísteis ¡ay! á estas manos
Que escriben vuestras Memorias.

Entonces ¡ah! ¡cuánta dicha!
¿Cuánta diferencia ahora!
Hoy cual el vuestro mi estado
Tan solo á llanto provoca.

Que al fin mi bien se trocara
En yerta calma luctuosa,
Y en triste inquietud y dudas,
Y en desengaños y sombras.

Brilló fugaz un momento
Mi amante paz deleitosa,
Cual fuego de llama eléctrica
Que en el aire se evapora.

Hoy, pensamientos amargos
Solo en mi mente se agolpan,
Que punzantes como espinas
El corazon me destrozan.

¿Y sabéis quién puso término
A mi placer y á mi gloria,
Y á mi amor y á mis deleites,
Y á mis ilusiones todas?

¿Y no sabéis mis caricias
Quién tambien arrebatómelas,
Dejándome triste y seco
Como lo están vuestras hojas?

¡El tiempo! flores, ¡el tiempo,
Cuyas furias destructoras,
Nada en el mundo respetan,
Nada en la tierra perdonan!

FRANCISCO PASTRANA.

(Nuevo Cancionero del Borinquen.)

Fachadas del nuevo Teatro de la Opera

DE PARIS.

En nuestro número 1,049, hemos dado una vista general de este grandioso edificio representando su gran fachada, y en el número 1,051, se halla reproducida la fachada posterior, como habrán visto ya nuestros lectores.

Examinemos ahora este vasto monumento, que es mas inmenso aun de lo que parece.

Con efecto, las altas casas de que la Nueva Opera está rodeada, y las líneas simétricas de su arquitectura, hacen que sean menos sorprendentes las proporciones colosales del edificio. Solo mirándole desde larga distancia, ó de algun punto elevado de Paris, es como puede juzgarse de su admirable conjunto. Diremos solamente que el volúmen de todas sus construcciones, es decir, el número cúbico, á contar desde los cimientos, incluso los muros hasta el tejado, es próximamente de 430,000 metros. Si examinamos el volúmen total de algunos edificios públicos, vemos que el Panteon tiene 190,000 metros, y la Bolsa, 106,000.

Véase ahora un cuadro comparativo de la superficie y del volúmen de los principales teatros de Europa.

	Superficie TOTAL.	Metros cúb. TOTAL.
Nueva Opera.	11,257 ^m 70	428,666 ^m
Gran teatro de San Peters- burgo.	4,559 »	114,288
Gran teatro de Munich.	4,522 »	129,480
Teatro Alexandra de San Pe- tersburgo.	4,018 »	128,576
Teatro Carlo-Felice (Génes).	3,988 »	100,132
Gran teatro de Burdeos.	3,776 50	105,742
Gran teatro de Turin.	3,676 50	102,942
Nuevo teatro de Berlin.	3,317 »	86,014 50
Teatro de Versalles.	2,119 »	65,787 80
Teatro de Marsella.	1,921 40	57,703 »
Opera de Berlin.	1,891 80	35,000
Teatro del Odeon.	1,886 »	29,000 »

El recinto perimétrico del edificio termina de cada lado por una balaustrada de mármol azul turquí, coronada con veinte y dos estatuas lapidarias de monsieur Chabaud, y de ocho columnas rostrales, sosteniendo aparatos para el gas; esta balaustrada está interrumpida por once entradas cerradas por verjas de hierro. El costado izquierdo del edificio ha sufrido alguna modificación en la doble rampa que debía dar entrada á los carruajes del soberano. Dos columnas rostrales en granito de Escocia, con un bruñido inalterable y diez y seis candelabros, completan su adorno. Del lado de la administracion, el edificio está cerrado por un muro circular, con una puerta monumental, dos verjas de hierro y dos puertas pequeñas de servicio. Por el costado de la fachada principal, la entrada es completamente libre, pues el público puede subir por la escalinata, y solo encontrará cerradas las verjas de hierro de las arcadas del peristilo.

Esta fachada es, pues, una de las obras arquitectónicas mas admirables que existen; todavia se recuerda la impresion que se sintió de admiracion el día que se levantaron los andamios que envolvian el edificio: su aspecto era sorprendente. La pintura puede expresar la armonía en las proporciones, la elegancia en los contornos, la riqueza en sus adornos; pero en un grabado no es posible que se haga resaltar el mérito de la obra de Garnier. Solo el pincel puede hacer apreciar el colorido del edificio. El arquitecto ha debido recurrir á los mármoles, á las piedras, y á los metales mas diversos para componer una inmensa paleta, en donde pudiera elegir los tonos que le parecieran mas propios para causar el efecto que queria pro-

Grupos y estatuas que adornan la fachada



LA MÚSICA, grupo por M. Guillaume.



LA ARMONÍA, grupo del coronamiento de la fachada, por M. Gumery.



LA DANZA, grupo por M. Carpeaux.



EL DRAMA,
Estatua de M. Falguière.



EL CANTO,
De MM. Dubois y Valrinette.



PEGASO, grupo del coronamiento lateral, por M. Lequesne.



LA POESIA LIRICA, grupo por M. Jouffroy.



EL IDILIO,
Estatua de M. Ezelin.



LA DECLAMACION,
Estatua de M. Chapu.



EL DRAMA LIRICO, grupo por M. Perraud.

ducir. Sobre los escalones de la escalinata, formados de piedra de Saint-Illie, está construido el piso bajo, también de piedra de Larrys, y adornado con grupos y estatuas. Encima aparecen diez y seis columnas monolíticas de piedra de Raviere, habiendo el trascurso del tiempo disminuido el tono un poco fuerte que se advirtió en los primeros días, haciéndolas resaltar sobre un fondo de piedra roja del Jura, unidas por balcones en piedra bruñida del Echaillon, con balaustadas de mármol verde de Suecia.

Estas diez y seis columnas están acompañadas de otras diez y ocho de mármol de color de flor de albrigo con capiteles de bronce dorado de dos órdenes. En las claraboyas hay colocados bustos también en bronce dorado. Sobre las columnas se elevan diferentes composiciones en piedra del Jura; y cuyas figuras son de M. Millet. El fondo de las esculturas del ático está incrustado de mosaicos dorados con reflejos de una gran variedad; una hilera de mascarones antiguos, en bronce dorado, sirve de adorno á toda la fachada. Por último, mármoles de brocatel color de violeta, sostienen los grupos en bronce dorado que dominan los ángulos de la fachada.

Desde lejos esta fachada aparece coronada de la cúpula de la sala, con adornos de bronce y oro mate, terminando de cada lado por los Pegasos de M. Lequesne, y coronado por el grupo de M. Millet, Apolo, elevando su lira de oro. Si se arroja una mirada sobre la *loggia*, ó sea el salon de descanso, se distinguen los arcos guarnecidos de mosaicos, en donde lloran y rien mascarones antiguos: las puertas de bronce de la sala de descanso de los artistas, están incrustadas de mármol azul floreado. Desde lejos, como de cerca, sorprende ver una concepción tan original en que se encuentra un reflejo de todo lo que el arte antiguo, bajo los climas mas benignos, ha producido de mas sorprendente.

Las fachadas laterales han sido construidas con mas sencillez, pues apenas se ha hecho uso de los mármoles. Los pabellones que de cada lado rompen la uniformidad de las líneas, han merecido elogios unánimes del público, pues no es posible una concepción mas feliz, dadas las condiciones del programa. Estos dos pabellones no son idénticos, porque el uno tiene dos rampas que dan acceso á las gradas, está adornado de cariátides de MM. Elias Robert, Moreau; y el otro con anchas arcadas que dejan penetrar los carruajes para poner al público á cubierto de las aguas; pero cualquiera que sea el punto en que el observador se coloque, no causa ningun mal efecto. Cada pabellon tiene su aspecto particular, y los dos son de concepciones las mas felices.

A cada lado de los pabellones, entre las ventanas, se han colocado seis bustos de profesores de música; y en su base aparecen grabados sobre escudos las armas de su pueblo natal.

Estos bustos son los siguientes:

A la derecha: Monteverde, Durante, Jomelli, Montsigny, Grétry, Sacchini (escultor, M. Watter).

Lesueur, Berton, Boiëldieu, Herold, Donizetti, Verdi, (escultor, M. Bruyer).

A la izquierda: Cambert, Campra, Rousseau, Philidor, Piccini, Paisiello, (escultor, M. Itasse).

Cherubini, Mehul, Nicolo, Weber, Bellini, Adam, (escultor, M. Denéchaux).

MM. Girard, Maniglier, Cabet y Ottin han hecho los frontones del palco real á las extremidades de las fachadas laterales; MM. Truphème y Sobre, los frontones del pabellon de los abonados (calle Gluck), y MM. Pollet y Travaux los del otro pabellon.

Desde el ángulo de la calle Gluck se abrazan en todo su conjunto las fachadas laterales de la Nueva Opera. Si un edificio debe revelar desde luego en cada una de sus partes el objeto para el que ha sido destinado en el que se trata, no deja la menor duda sobre este punto. Su parte principal está consagrada á las dependencias de la sala, piezas destinadas al descanso de los artistas, vestíbulos y gran escalera principal. Despues continúa la misma sala, cuya cúpula indica su forma por su figura circular, que domina la primera zona del edificio, y que á su vez está dominada por los muros del escenario, que tienen 70 metros de altura. Detrás del palco escénico están las dependencias, mas sencillas de adornos, destinadas á la administración, á los aposentos de los artistas, etc., terminando aqui todo el conjunto de la obra.

Los muros laterales del escenario están adornados con mucha sobriedad. En la parte alta se desarrolla un friso en forma de guirnalda, y debajo hay claraboyas cerradas alternativamente por un enrejado dorado á fuego, en forma de lira, y por medallones en mosaico, representando también una lira rodeada de palmas.

En el interior encontramos con frecuencia el empleo de los mosaicos, que con tanta profusion los vemos en la parte exterior. El arquitecto ha sabido sacar el mas feliz partido de este arte tan descuidado hoy, y que solo le hemos visto generalizado en Venecia. El tono particular de los mosaicos, su solidez, y el brillo de sus colores, vitrificados é inalterables al aire, suministran preciosos recursos para el ornato.

Entre las esculturas de la fachada posterior, señalaremos solamente los dos mascarones y la cabeza de Minerva, esculpidas por M. Chabaud. Esta cabeza que adorna la llave de la gran arcada del escenario, y cuyo conjunto mide mas de 5 metros, es seguramente una de las mas colosales que existen.

El tejado está dispuesto de una manera particular.

Todavía en esta parte del edificio imponia especiales precauciones al arquitecto, pues era necesario preaver la masa de agua que pudiera caer en un dia de tormenta, tan frecuentes en Paris, á fin de disminuir la fuerza de verdaderas cascadas, que interrumpidas en su curso, pudieran ocasionar daños de gran consideracion. Las escaleras construidas sobre el mismo tejado, y el considerable espesor de los muros que se elevan de todos lados, como un alto parapeto, hace que la circulacion sea fácil y sin peligro; pudiendo á la vez examinar el inmenso panorama de Paris y sus alrededores.

Los grandes grupos en bronce de MM. Millet y Lequesne, que decoran la parte alta del escenario, están reproducidos en nuestros grabados.

Volvamos á las esculturas que adornan la fachada.

Los frontones son obra de MM. Petit y Gruyère. Los bustos de bronce dorado de las claraboyas, han sido modelados por MM. Chabaud y Évrard. A las dos extremidades laterales han colocado los bustos de los dos autores mas notables de libretos de óperas: Quinault (1635-1688) y Scribe (1791-1861). En la fachada los bustos están repartidos por orden cronológico, segun la fecha del nacimiento, empezando por Mozart, que ocupa el centro: Mozart 1756-1791), á la derecha Spontini (1774-1851), Meyerbeer (1794-1864), Halévy (1799-1862); á la izquierda Beethoven (1780-1827), Auber (1782-1871), Rossini (1792-1868).

En el piso bajo, cuatro medallones esculpidos por M. Gumery, representan Haydn, Bach, Pergolèse, Cimarosa.

Debajo hay cuatro estatuas que personifican el Drama, el Canto, el Idilio y la Declamacion. Por último, á cada lado hay dos grandes grupos consagrados á la Música, á la Poesia lirica, al Baile y al Drama lirico, estatuas y grupos que reproducen nuestros dibujos, con el nombre del autor.

Estudios morales.

LA HIJA DEL GENERAL.

(Conclusion. — Véase el número 1,053).

Fripps no pudo menos de notar un cambio de expresivas miradas entre los cuatro convidados, y con mayor motivo viendo que el semblante ordinariamente triste del mayor se animaba á veces con una expresion bastante parecida á una sonrisa. El general miraba á Jorge, Jorge á Elena, y Elena, aparentando contener las miradas de inteligencia con este, se ponía encarnada como una guinda.

El capitán empezaba ya á hallarse mortificado en medio de personas tan acordes entre si; pues harto conocía que no entraba él en sus confianzas. Por lo demás, se habló poco, y nadie parecía tener deseos de interrumpir el silencio. El denunciador de Elena estaba bien convencido de que el general había tenido tiempo de hacer un sermón á su hija, pero difícilmente podía conciliar este hecho con el permiso dado por ella á Jorge de sentarse á su lado y de dirigirle galanamente la palabra como si nada hubiese sucedido desde la noche.

— ¡Ya comprendo! dijo en fin para sí el capitán, veo que el general quiere obrar con política, sofocar el ruido y el escándalo, hacer como que ignora la imprudencia del secretario-agregado; y en lugar de despedirle, se desbarazará probablemente de él, dándole alguna comision lejana. Muy tonto era yo en querer encolerizar al general contra su voluntad; pero á la primera ocasion sabré decirle que le he comprendido, y que no le cedo en discrecion cuando se trata del honor y sosiego de una familia honrada.

Esta idea satisfizo el amor propio del capitán, haciéndole observar sin disgusto el poco efecto que parecía haber producido su relacion de la mañana. Estaba riéndose para sí de la confianza de Jorge, y con todo deseaba vivamente hallarse otra vez solo con su jefe para desvanecer sus dudas. Con grandísimo gusto pues vió á Elena salir de la sala del desayuno, al mayor despues de ella, y á Jorge casi al propio tiempo que al mayor, y en fin al general permanecer sentado como si hubiese querido dar á su edecan la tan ansiada audiencia confidencial.

— Vamos, le dijo sir Cadwallader, apostara, capitán, que observais en mí un modo de obrar harto extraño.

— No, mi general, os lo digo de veras; observo al contrario que obráis muy cuerdate, con mucha prudencia, y muy conforme al carácter sensato de Vuestra Excelencia.

— Me deja pasmado vuestra aprobacion, M. Fripps, ¿pero quién ha podido ya noticiaros la determinacion que he tomado desde esta mañana?

— ¡Oh! ¡nadie, mi general, nadie! No quisiera por todo el mundo hablar de esto con nadie.

— Pues, ¿cómo habeis podido saber lo que he hecho, y sobre todo lo que me propongo hacer?

— Lo he adivinado, mi general, fácilmente se conoce que Vuestra Excelencia se ha propuesto no dar absolutamente lugar á que se trasluzca lo que yo le he dicho, y desembarazarse de M. Jorge, de cualquier modo, para evitar la publicidad.

— ¡Evitar la publicidad de un asunto sabido de dos ó tres personas! No, no, contestó el general.

— Señor, os juro, exclamó Fripps, que mis labios no se despegarán sobre este punto. Se trata de miss Elena, y ya estoy previendo todo el escándalo que causaria una indiscrecion, creed que mi deber para con vos y mi aprecio para con la hija de mi general me tendrán mucho como el sepulcro.

— ¡No, no! M. Fripps, no hay necesidad de que os contengais, dijo sir Cadwallader.

— ¡Qué ingratitud! ¡Despues de cuanto habeis hecho para Jorge, atreverse á abrazar á miss Elena, á vuestra hija! continuó M. Fripps, creyendo con estas palabras expresar la ira de Su Excelencia.

— No soy yo de ese dictamen, M. Fripps.

— Señor, es imposible, exclamó el capitán, os chancéis.

— Nada de eso.

— ¡Qué! ¡una jóven tan amable! dijo Fripps á media voz, no pudiendo reprimir su sorpresa.

— Esta jóven, esa amable persona, como decís, repitió el general, es muy probable que llegue á llamarse mistress Medway, mi caro señor Fripps.

— Así pues, lo que yo he visto...

— No era nada de particular, atendido el estado de las cosas, repuso sir Cadwallader; sin embargo, no por eso estoy yo menos reconocido á vuestro rendimiento, á vuestra atencion, capitán, aunque mas lo estuviera, si no hubiérais pasado desde luego á ver al alférez Honeyman para contarle un hecho que antes que otro hubiera debido saberlo vuestro general.

— Os juro, sir Cadwallader, dijo Fripps tartamudeando, que solo le he hablado porque...

— Porque estabais seguro de hallarle en su habitacion, dijo el general.

— Pérfido Honeyman, dijo Fripps, ¡venderme de este modo despues de haberme prometido el secreto! Lo confieso, mi general; en medio de mi pasmo, habia ido á consultar con Honeyman sobre lo que en conciencia debia hacer por el honor de miss Elena... Creo que me habrá calumniado para con ella... ya no me atreveré en verdad á mirarla mas en mi vida.

— Me hago cargo de vuestro embarazo, capitán, y no quisiera imponeros tal pena. Os autorizo, pues, para que deis vuestra dimision de edecan y vayais á incorporaros con vuestro regimiento.

— ¡Oh! mi general, no me obligueis á separarme de vos.

— Adios, capitán Fripps, dijo el general, mi hija me ha rogado que os manifestase de su parte que ella os dispensa ya del despido; además ha salido, y probablemente no volverá á entrar antes de vuestra partida. Adios, capitán.

Y salió el general de la sala murmurando aquel verso de Oteló:

No serás ya tú contado entre mis oficiales (1).

El capitán Fripps quedó solo, confuso, y echando pestes contra el traidor Honeyman. Ocurrióle ir á pedirle razon de su pérfida conducta; pero luego reflexionó que mas valia callar y terminar ya un lance en que todo parecia encaminarse á dejarle burlado.

Todavía se hallaba embebido en estas penosas reflexiones, cuando, para acabar de mortificarle, entró un criado de sir Cadwallader, quien, comunicándole los afectos de Su Excelencia, le preguntó si estaba listo su equipaje, porque él tenia orden de cargarlo en su carruaje. No habia ya que perder tiempo. Bien conoció el capitán que no le quedaba otro recurso que el hacer cara á la adversa suerte y apresurar cuanto le fuese posible un destierro que al menos le evitaba las consecuencias de una explicacion con Honeyman.

Mientras comian, notó Elena la ausencia del edecan, y cuando se la dijo que ya no volveria á verle mas, tuvo la bondad de decir en su favor una frase cortés, pero demasiado cortés para excitar la menor sospecha en el corazón de Jorge. Este tuvo por otra parte el gusto de ver desvanecido todo el sentimiento de Elena, cuando Su Excelencia le presentó á Jorge como el sucesor del capitán Fripps, en calidad de edecan.

Ya se deja entender que el convenido matrimonio de la hija del general con Jorge fué luego el objeto de todas las conversaciones de Bombay. Extrañóse generalmente la desigualdad de este enlace; pero al cabo de algunos dias, los amigos del feliz secretario-agregado desvanecieron estas hablillas, y la opinion pública acabó por dar la aprobacion al general. Las señoras sobre todo pregonaron los méritos de Jorge, y tres semanas despues, cuando los dos esposos fueron conducidos á la iglesia, no vieron á su alrededor mas que semblantes risueños.

M. DE F.

(1) But never more be officer of mine.

Mara,

ó LA JÓVEN DESCONOCIDA.

I.

La jóven de que se trata en esta historia se llamaba Mara, y desde luego para nosotros fué un objeto de sorpresa que se aplicara semejante nombre á una criatura tan encantadora y amable; pero Arturo Halsey, que la amaba, no veía nada comparable á este nombre; era á sus ojos el mas dulce que podia idearse. Además, tenía el mérito de distinguir á la que le llevaba de otras personas de su sexo, á las que tan poco se asemejaba.

Halsey no cesaba de elogiar la hermosura de Mara, su gracia, su armoniosa y dulce voz; y al enumerar todas sus perfecciones, lo hacia con el mismo entusiasmo que el aficionado á pinturas describe un cuadro, ó el inteligente en piedras finas expone un diamante al sol, y hace admirar una por una todas sus facetas. Los hombres que desgraciadamente están poseídos de esta manía se hacen en general insoportables; pero no se encontraba Arturo en este caso, pues nuestro entusiasmo por el objeto de su admiración igualaba al suyo, si no le sobrepujaba; y solo conociendo el amor que Mara le había inspirado, nos impedía sentir hacia ella igual pasión. Sin embargo, no estábamos muy seguros de librarnos de su influencia, porque mas de una vez los tres amigos de Arturo suspirábamos por la dicha de tenerla por compañera.

No obstante, un misterio impenetrable rodeaba á esta jóven: nadie conocía su origen, ni su familia, ni el lugar de donde procedía; y hasta se carecía del menor antecedente respecto de su vida, circunstancia indispensable en nuestras costumbres, aunque frecuentemente es una máscara con que se encubre la maldad.

La jóven había llegado en un hermoso día á la pequeña ciudad de Sandbeach, situada á orillas del mar, donde tomó una modesta habitación bajo el nombre de Mara Child, con la única indicación que era *miss* y no *mistress* (señorita y no señora). El mismo día de su llegada se había presentado en el gabinete de lectura que tenía Butts, preguntándole si conocía alguna familia que necesitase una profesora.

La naturaleza había hecho de Butts un hablador necio y pedante. Además de su gabinete de lectura, ejercía la industria de agente de alquileres, y era propietario de la *Gaceta de Sandbeach*. Esta triple cualidad le aseguraba cierta autoridad para intervenir en los negocios de todos los habitantes de la población, hasta el punto de creerse algunas veces dueño de Sandbeach. Con su doble barba, su ancha y abultada fisonomía, y su cabeza cubierta con una gorra de terciopelo, no era mala su fisonomía, si bien en ciertas ocasiones su lenguaje era injurioso.

— Supongo que ha ejercido Vd. ya el empleo de profesora, la dijo Butts detrás del mostrador donde aparecía con el mismo aire de majestad que si estuviese en un trono.

— No, contestó la jóven sin turbarse, jamás he desempeñado ningún destino de ese género.

— ¿Podrá Vd. al menos designar alguna persona que responda de su capacidad: indicar un medio cualquiera á fin de dar á conocer sus antecedentes? añadió Butts, fijando sobre Mara su mirada investigadora, mientras que con sus gruesos dedos deshacía un paquete de libros recibidos de Londres.

La jóven estaba vestida de negro: el cuello y los puños de una blancura irreprochable, realzaban su traje que no anunciaba la indigencia á pesar de su excesiva sencillez.

— No, respondió con la misma sinceridad. Soy huérfana y no conozco persona alguna que pueda recomendarme.

Butts prolongó sus gruesos labios, haciendo un gesto desdeñoso.

— El precio de un anuncio de cinco líneas en la *Gaceta de Sandbeach* es de un chelín, seis peniques, contestó despues de pasados algunos instantes; media corona por dos inserciones. El periódico se publica dos veces por semana.

Mara sacó de su bolsillo de malla medio soberano.

— Sírvase Vd. hacer insertar dos anuncios, dijo, expresando que tengo veinte y cinco años, y que dibujo un poco... pero no sé tocar el piano.

Butts echó la moneda de oro sobre el mostrador, y encontrándola de buena ley, resolvió devolver lo menos posible de su valor.

Por tanto, dijo á la jóven con un tono insinuante:

— La suscripción por mes á los libros es de media corona. Recibimos periódicos literarios de Londres y el *Times*, donde puede Vd. leer los pedidos que se hagan de profesoras. Además podrá Vd. llevarse á su casa dos volúmenes á la vez.

Mara contestó que tomaría una suscripción; y entonces Butts añadió si no necesitaba algunos efectos de escritorio, á lo que contestó negativamente; pero despues de reflexionar algunos instantes, tomó media docena de lápices y algunas hojas de papel para dibujar.

Así pues, una gran parte de los diez chelines quedaron en posesión de Butts, que despues de haber formado un paquete y entregádole á Mara, se quedó murmurando viéndola partir:

— No me gusta mucho esa jóven.

Algunas semanas despues, cuatro estudiantes que venían de Oxford, entre los cuales se encontraba Arturo Halsey y el narrador de esta historia, llegaron á Sandbeach para pasar sus vacaciones. Halsey había terminado sus estudios y se preparaba para el grado de doctor, mientras que Merry Clowes y yo nos preparábamos para nuestros exámenes, pues no habíamos recibido aun los grados. Esta circunstancia nos había obligado á elegir Sandbeach como una residencia tranquila á fin de no perder nuestro tiempo y dedicarnos con mas asiduidad á los estudios.

Sin embargo, no la encontramos tan tranquila como la deseábamos, por las murmuraciones de que Mara había sido objeto. Al día siguiente de nuestra llegada, la dueña de la casa donde vivíamos nos habló de esta bonita y extraña jóven que se había establecido en Sandbeach, tomando sin duda por imbéciles á los habitantes del país, porque no concebía que una jóven buscara ocupación de profesora en una población donde carecía de relaciones y sin suministrar antes el menor dato respecto de sus antecedentes.

A los pocos días nuestras relaciones con Butts llegaron á ser tan íntimas, que sin la menor indicación por parte nuestra, nos contó hasta los menores detalles de su entrevista con la jóven. No habíamos autorizado á Butts para creer que esta confidencia nos interesaba; pero este incidente tenía preocupado á Butts y á los demás habitantes de la población, pues aseguraban que el acontecimiento de que se trataba era el mayor escándalo que se recordaba en aquella pacífica y respetable localidad; diciendo además que dos familias que necesitaban una profesora desistieron de su propósito por carecer Mara de recomendaciones.

Las únicas explicaciones de ella eran las siguientes: su madre había muerto, y jamás había conocido á su padre que partió despues de su nacimiento, abandonando el techo conyugal: abandonada la esposa había vivido decentemente durante algunos años; pero despues, reveses de fortuna la habían obligado á trabajar para mantenerse. ¿Qué tiempo hacia que Mara había perdido á su madre? seis años; era necesario creerla, pues se carecía de otros datos para dudar de su veracidad. ¿Qué había hecho despues? Dedicarse á la costura. ¿Dónde? Sobre este punto observaba el mas profundo silencio. La misma obstinada reserva guardaba la jóven huérfana respecto del país donde su madre había residido, y las circunstancias que la obligaron á dejar su oficio de costurera y buscar una ocupación de profesora en una población en que carecía de relaciones. Solo añadió, pero sin determinar los nombres, que en su desgracia algunas personas la habían dado pruebas de afecto.

Esta sucinta relación parecía muy sospechosa. ¿Podía admitirse que una persona cualquiera pueda llegar á Sandbeach sin dar indicaciones detalladas sobre su origen, sus relaciones y antecedentes desde el día de su nacimiento? Butts no estaba distante de considerar semejante hecho como una afrenta premeditada á la ciudad, y hasta se preguntaba si quizá habría faltado á sus deberes, consintiendo que una desconocida se suscribiera á la librería, y que hojeara libros que debían pasar despues á manos inmaculadas de suscriptoras respetables. Por lo demás, las visitas de Mara á la librería no eran tan frecuentes como lo exigían los anuncios que había hecho en el *Times*, por la mala acogida que recibiera de los clientes de Butts, pues desde que la divisaban, la miraban con cierto desden que desconcertaba á la pobre jóven, y hasta cesaban de hablar en su presencia, apartándose para preservarse de su contacto, y haciéndola experimentar toda clase de humillaciones. Así que solo se presentaba en la librería cuando lo exigía el cambio de libros.

Algunos días antes, añadió Butts, la jóven se introdujo al anochecer en la librería y le había presentado con timidez una docena de acuarelas, suplicándole que las pusiera en venta; que aceptó estos dibujos como un objeto de curiosidad; que los había enseñado á diferentes personas, las cuales se habían encogido de hombros; y que naturalmente no había vendido ninguno; dudando de venderlos si encontraba comprador, pues no quería patrocinar una aventurera.

Estamos reunidos al rededor del mostrador, los unos cortando las hojas de los libros nuevos, y los otros hojeando los periódicos ó recorriendo los catálogos de la librería.

— Veamos las acuarelas, Butts, dijo Halsey con ese tono poco respetuoso con que todos tratábamos al magnate de Sandbeach que no desdeñaba el nombre de señor don.

Merry, que tenía un carácter que nunca desmentía su nombre (1), y que tan raro es en general, hizo esta observación sonriendo:

— A juzgar de la manera como la jóven ha sido recibida por las mujeres, me prueba que es bonita. Esta misma razón y la indiferencia que Butts muestra por estos dibujos me hace creer que son de mérito.

Desgraciadamente este juicio tan benévolo para la jóven no estaba fundado en nada, porque las acuarelas que Butts nos presentó con un aire tan desdeñoso, carecían de mérito.

(Se continuará).

(1) Merry, adjetivo, significa: alegre, chistoso.

Las músicas militares de París.

En medio de los mil ruidos de la capital, sorprende á veces oír á lo lejos el sonido de una tocata guerrera; se aplica el oído, es una marcha militar, es que va á pasar un regimiento.

Hé ahí que desemboca por la esquina de la calle, con la banda de música á la cabeza, la mochila á la espalda, la levita abotonada y el fusil al hombro; y delante de la banda, detrás, á sus lados, en la calzada y en las aceras, una multitud de un aspecto particular que corre, se apiña y se tropieza.

No se ven en ella esas fisonomías indiferentes del transeunte ordinario, no: todos los ojos brillan, son ojos que escuchan; todos esos semblantes tienen cierta expresión marcial; son gentes que llevan el paso siguiendo á la música.

Entremos un instante en los grupos.

Delante de todos se destaca el tropel de los aprendices de todos los oficios, hoy los primeros en mezclarse con el regimiento que pasa, y mañana quizás los primeros también para desempedrar las calles y hacer barricadas: raza muy marcada, no mala; pero sí muy peligrosa, y que se llama *el pilluelo de París*.

A su lado camina el veterano, luciendo la medalla militar, y que es un hombre serio, casado, padre de familia, elector; por nada en el mundo olvidaría sus deberes de mozo de cobranza; por nada, pero ha oído una música militar, ¿cómo no acompañar un rato á sus antiguos amigos? Luego correrá un poco y ganará con creces el tiempo que ahora pierde.

También las parisienses suelen figurar en ese séquito. Seguramente, la muchacha de tienda que lleva esa gran caja de muestras, no toma el camino mas breve para volver al almacén; y esas niñas embelesadas descubriendo *paísanos* en la tropa, no dirán por la tarde á su ama qué camino eligieron para llevar á los niños á los jardines de Tullerías ó de los Campos Elíseos.

Llegamos á la entrada de un cuartel: la puerta está abierta de par en par, la música penetra de repente, y el regimiento despues: ya no se oye otra cosa que el ruido ordinario de la calle. Entonces la muchedumbre se disuelve con precipitación, y en esa fuga hay sus averías; el aprendiz de pastelero siembra por el suelo los apetitosos artículos que llevaba en la cesta.

Sin embargo, no nos burlemos. Esa afición de la multitud demuestra, en suma, la excelente influencia que pueden ejercer y ejercen las músicas militares. En las ciudades de provincia, donde no abundan las diversiones, es una fiesta para los habitantes el reunirse á oír la música del regimiento; gracias á ella, se establece un lazo entre los habitantes y el ejército, que tiene su importancia.

En campaña, los servicios que presta la música son de otra clase. Durante las marchas penosas, el soldado piensa menos en lo largo de la etapa al compás de la música, y cuando los hombres llegan jadeantes al lugar del campamento, si oyen una de esas tocatas que conocen, olvidan su fatiga, recobran ánimo para hacer el rancho y se sienten alegres.

Napoleon I, que conocía el soldado, se ocupaba mucho de la cuestión de las músicas militares. Los prusianos también, que saben no descuidar ningún medio de acción, aprovechan mucho este.

La doble utilidad de las músicas militares en el estado de paz y en la guerra, se ha reconocido siempre en Francia, donde se fundó un gimnasio en el que se educaban dos hombres por regimiento, bajo la dirección del célebre Carafa. En Saumur hubo también una escuela de trompetas que prestó durante largo tiempo buenos servicios.

Estas dos escuelas se abandonaron en 1832; pero conservaron la antigua organización que asimilaba los músicos á sargentos. Despues comprendieron el inconveniente, debieron reconocer que los músicos graduados abusaban de su situación, lo cual quebrantaba la disciplina, y aunque dejaron sus grados á los que los poseían, establecieron para el porvenir que todos los músicos serían simples soldados, de lo cual resultan todavía ventajas importantes, si se considera que tienen un servicio menos penoso que sus compañeros, y que además reciben un suplemento de paga de los 7,000 francos que se atribuyen anualmente á cada regimiento para el sostenimiento de su música y la compra de instrumentos.

Este suplemento de paga se eleva, por término medio, á 80 francos para el director de la banda, que ha conservado siempre su categoría de oficial, así como el subdirector es ayudante sargento. No es fácil llegar á estas posiciones, que se ganan por concurso en el Conservatorio.

Los dos jefes tienen que enseñar á treinta y ocho músicos, que eligen con el coronel, entre los quintos de cada año; y continuamente se renueva la enseñanza, á medida que se licencian los hombres que han cumplido su tiempo de servicio.

Las músicas de caballería costaban mucho, en razón á que había el costo del caballo, y por esto hace algunos años las suprimieron en Francia. Hoy, sin restablecer las cincuenta músicas que había antes, han adoptado un término medio, ordenando la formación de charangas compuestas de treinta y seis cornetas con ocho músicos, para lo cual se ha destinado una suma anual de 1,200 francos.



TIPOS Y FISIONOMIAS DE PARIS. — La música de regimiento.

El capitán Maury.

El mes de febrero será célebre por una extraña tentativa de falsificación histórica. Los sabios alemanes quieren aprovechar el tercer centenario de Copérnico para robárselo á los polacos y cambiarle en compatriota de M. Wirchow; pero, por un contraste no menos singular, los republicanos del Nuevo Mundo parecen sonrojarse de haber tenido por compatriota al Copérnico de la meteorología, al hombre de genio que ha descubierto el sistema de circulación de los vientos.

Si la república de los Estados Unidos es ingrata por el capitán Maury, que acaba de fallecer en Lexington (Virginia) siendo un simple profesor en la escuela militar de ese Estado, consiste en que el difunto tuvo la desgracia de aceptar el puesto de comodoro en la marina de los confederados; empleó su talento de ingeniero en la construcción del *Merrimac*, uno de los brulotes flotantes que sembraron la muerte y la devastación en todos los climas, y fué, según parece, tan mal americano, como Copérnico fué buen polaco. Maury se distinguió en la marina en los tiempos de Lafayette, formando parte de aquella noble tripulación americana que acompañó en 1825 al veterano de la revolución francesa. Descendiente de una familia francesa refugiada en América á consecuencia de las persecuciones religiosas, el joven Maury tenía mas de un título para ser juzgado digno de aquella honra.

Doce años duró la carrera marítima de Maury, que hubo de interrumpirse por una herida que recibió en una campaña de exploración en los mares del Sur, y que le dejó cojo para toda la vida. Entonces le emplearon en las oficinas de mapas de Washington, como le habrían dado un asilo en los Inválidos; pero de aquella modesta oficina supo él hacer una institución que antes del fin del siglo comprenderá al mundo todo en su jurisdicción científica.



EL CAPITAN MAURY (Norte-americano).

A su instancia el gobierno adoptó en 1842 un modelo de libro de guindola que hoy se usa en todos los pueblos civilizados. Estaba, pues, fundada la meteorología marítima, y solo faltaba darla incremento.

Esto se hizo en 1853 en el congreso de Ostende. Maury fué atacado por dos ingleses célebres, sir John Herschell y sir Charles Lyell, un gran astrónomo

y un gran geólogo; pero le defendieron dos sabios ilustres, M. Quetelet, de Bruselas, y M. Leverrier, de Paris. En suma, quedó asegurado el triunfo de su magnífica obra la *Geografía física del mar*. Sus observaciones sobre el *Gulf Stream*, confirmadas por el doctor Carpenter, se hicieron clásicas. Las profundidades del Océano, interrogadas por un testigo incorruptible, le valieron la confusión de adversarios sobrado sistemáticos para que se librara de la sospecha de envidias británicas y de parcialidades realistas.

El fin de este grande hombre encierra lecciones dignas de señalarse.

El 1º de febrero último, Maury falleció en un oscuro pueblo de América, y dos días después el *Tribuno* publicaba un resumen de su carrera. A los dos días siguientes el *Herald* insertaba un generoso *leader* recordando los eminentes servicios de Maury; pero los sabios reunidos á pocos pasos de las redacciones de aquellos periódicos para festejar la despedida de M. Tyndall, no pronunciaban una palabra de elogio. Creían ser patriotas pasando en silencio la gloria de un hombre que la Inglaterra les envidia y que Tyndall no ha alcanzado todavía. Eran tan ridículos como ingratos.

Dos protestas contra este olvido se produjeron á un tiempo. La primera en Nueva York, cuyo tribunal de comercio adoptó una resolución para dar el pésame á la señora del difunto. Los mercaderes se mostraban mas amigos de las ciencias que los sabios. La segunda manifestación tuvo efecto en *Royal Institution*, en el gran teatro fundado por el conde de Rumford, americano renegado que logró hacer perdonar su traición inventando la marmita económica. En una admirable conferencia, anunciada y preparada hacia tres meses, el jefe del servicio meteorológico de Inglaterra otorgaba al capitán Maury su patente de inmortalidad. El sabio M. Scott demostraba con copia de datos, que el sistema de *prevision* telegráfica inventado por Maury, habia dado magníficos resultados en el año 1872, que fué un periodo bien borrascoso. El último año de la vida de Maury habrá sido el primero de su triunfo.

W. DE F.



La velada en la choza.

La velada en la choza.

Santiago ha dejado el campo á la caída de la tarde y es noche cerrada cuando penetra en su choza.

Se habla poco en la comida; solo á los chiquillos se les oye. Afortunadamente de la mesa á la cama, la distancia es corta. Santiago se acostaría también; pero su mujer le detiene. Ha descubierto unos cestos para sus quesos que serian nuevos si no les faltara el fondo.

El cesterero queria tres sueldos por componerlos: un precio exorbitante; como ella se lo ha dicho con palabras muy duras, y ya que Santiago sabe el oficio, se economizarán los tres sueldos.

Con efecto, el pobre hombre, á pesar de su cansancio, se pone á gobernar los cestos con tanta afición, que su mujer, viéndole distraído, acaba por dormirse mientras zurce los trapos de la casa. Durante algunos instantes no se oye mas que el ruido del reloj de pared combinado con el de los ronquidos del gato y el del crugido del mimbres en manos de Santiago.

Pero hé aqui que la obra está concluida y marido y mujer van á buscar el sosiego que tanto necesitan despues de su laboriosa jornada.

El manuscrito de un loco.

(LEYENDA.)

(Continuacion. — Véase el número 1,053).

La relacion que habia oido me llenó de curiosidad y traté de saber dónde vivia.

Quería conocer á la mujer que le habia puesto en tal estado.

No me fué necesario esperar mucho, á poco momento, despues de haber apurado otro vaso, se levantó y salió sin mirarme siquiera.

Le seguí.

A poca distancia penetró en un cuarto bajo, cuya puerta abrió de un fuerte puñetazo.

Ya sabia lo que necesitaba.

Me prometí volver á la siguiente noche y procurar por todos los medios posibles, hacer felices á esas dos tan desgraciadas criaturas.

IV.

La noche siguiente, fué tan lluviosa como la anterior, y sin embargo, no falté á mi promesa.

Muy poco sabia de ese matrimonio, tan digno de compasion, y necesitaba saber mas, saberlo todo.

No sé qué sentimientos me agitaban, me parecia que esas personas tenian algo que ver con mi porvenir.

¡Acaso era una locura!...

Pero el corazon me latia fuertemente al acercarme, mi respiracion era entrecortada y un sudor helado inundaba mi frente.

Nunca habia experimentado sensaciones semejantes. Me acerqué con paso incierto á la puerta.

La luz pálida de una vela de sebo, colocada sobre una carcomida mesa, alumbraba al miserable aposento, y permitia distinguir sus únicos muebles; una cama, un taburete y una cómoda de alerce. Reinaba un profundo silencio ligeramente interrumpido por el chisporroteo de la vela.

Y las sombras de los objetos al destacarse en la negruzca pared, daba un aspecto siniestro á aquel cuadro.

¡Nada mas miserable que este aposento, donde sin embargo habitaba una mujer que habia nacido en la opulencia!

¡Cuántas veces esas desnudas paredes habrán sido testigos de su desesperacion!

¡Cuántas veces la habrán visto arrodillada en la húmeda tierra implorando al cielo!

Las ráfagas de viento conducian de vez en cuando torrentes de agua que se estrellaban contra las débiles paredes.

Una mujer, jóven al parecer, estaba sentada cerca de la mesa en el taburete.

Sus brazos, desnudos hasta la mitad, estaban lívidos: la infeliz sentia frio, porque no tenia lumbre.

Permanecia con la frente apoyada en una mano y al parecer entregada á sombríos pensamientos.

¡Sondearía acaso el abismo horroroso de su porvenir?

Su pelo rubio y húmedo por algunas gotas de lluvia, caía en naturales bucles á lo largo de sus megillas pálidas y enflaquecidas. La luz no la alumbraba de frente, por consiguiente no podia distinguir sus facciones.

A poco tomó un lienzo y principió á coser. De vez en cuando se detenia para enjugar una lágrima.

¡Ah! ¡esa lágrima me llegaba al corazon!

¿Había algo de particular entre mí y esa mujer?

¿Por qué su llanto me conmovia hasta el extremo de llorar también?

Permanecia encorvada sobre la labor. Le era preciso trabajar dia y noche para dar aguardiente á su esposo, á quien ella habia reducido al estado en que se encontraba ese desgraciado.

¡No puede ser!

¡Quién sabe!

Empero ella sufría su castigo, con la resignacion de la victima.

Sus dedos entorpecidos por el frio, manejaban lentamente la aguja.

¡Pobre criatura, su madre ausente la creará feliz y dichosa!

Y sin duda se acuerda de ella cuando á sus pupilas aparece el llanto.

¡Si al menos pudiera verle el rostro!

Solo entrando... pero no; ese hombre vendrá luego beodo como acostumbra, y mi encuentro puede tener fatales consecuencias.

¡Qué sospechas!... Dios eterno...

Si por acaso... no; no puede ser...

Pero él me habló de un retrato que se me parecia...

¡Oh! ¡es preciso que me desengañe... la ansiedad me ahoga!...

— ¡Lucila! murmuré con trémula voz.

La jóven levantó la cabeza y dijo:

— ¿Quién me llama?

Al punto conocí la voz argentina de Lucila.

— ¡Es ella! grité entonces sin poderme contener y me precipité en el cuarto.

V.

Mi razon se extravía, no puedo continuar.

Recuerdos son estos, lector, que envenenan el corazon.

Son recuerdos que desgarran sin piedad la herida recientemente cicatrizada.

Huí de mi patria, dejando en ella mis recuerdos, y el destino no cansado aun de hacerme su juguete, me condujo al lugar donde esos recuerdos debian acabar con mi razon.

Sí, porque soy un loco.

Así me apellidan las personas que vienen á dejarme un miserable sustento en la prision donde me encuentro.

Soy un loco.

¡Ja, ja, ja!

¡También el mundo es una vasta casa de orates!

¡Ja, ja, ja!

Si algun dia estos ligeros apuntes salen de mi prision, me juzgará el que los lea.

¡Pero existen tantos locos como yo!...

Los doy por implicados.

Mi razon se extravía, no puedo continuar.

Lo intentaré otro dia.

VI.

Recuerdo que hablaba de mi encuentro con Lucila.

Con efecto, penetré en su aposento y cai de rodillas á sus piés.

— ¡Lucila!

— ¿Qué buscáis caballero?

— ¡No me conocia!

— Muy cambiado debo estar, pues que no me conoces, Lucila.

Me miró al semblante con mas atencion y gritó espantada:

— ¡Julian!... ¡Mi Julian!...

— ¡Oh, sí; tuyo por siempre!

Se cubrió el rostro con las manos y cayó desanimada en el taburete.

— Perdóname, la dije, el destino es quien me ha traído á tus piés, y él también quien me ha dado á conocer la triste historia de tu esposo.

— ¿Con que es verdad que todo lo sabéis? me dijo con voz dolorosa.

— ¡Todo, todo! respondí lúgubrememente.

— ¡Ah! Julian, es imposible, vos no lo sabéis todo; porque no comprendereis la mitad de lo que padezco.

Y dos lágrimas rodaron por sus megillas.

— También yo padezco, Lucila, y mucho... sin esperanza alguna de alivio. Sé tu historia y te compadezco, escucha ahora la mia, seré breve. Yo amé un tiempo Lucila á un ángel encantador, le amé con locura, era una especie de culto que rendia á la hermosura, fui correspondido de ella, nos hicimos mútuos juramentos, y hablamos del porvenir como si hubiera sido nuestro. Una ocasion fui á su casa y le dije que me era necesario ausentarme por algun tiempo. Nuestras promesas y juramentos se renovaron con mas ardor y tuve la felicidad de oprimirla contra mi corazon y depositar entre los rizos de su sedoso pelo un beso de amor y de esperanza. Partí. Mi ausencia fué de un año. A mi regreso encontréla casada... Un año habia bastado para olvidarme...

Lucila intentó hablar, pero no pudo y prorumpió en sollozos.

— ¡Sí, un corto tiempo bastó para que mi tranquilidad y reposo desapareciera para siempre!

— Perdon, perdon, Julian, exclamó por fin Lucila haciendo ademán de arrodillarse.

— ¿Y de qué debo perdonarte?

Se sentó á mi lado en el mismo taburete.

Sus megillas, antes rosadas y tersas como la hoja de una rosa, estaban pálidas y ahuecadas.

Sus hermosos ojos azules, sin brillo y helados por las lágrimas.

¡Cuánto, cuánto habia cambiado la pobre Lucila!

Hasta sus manecitas, antes suaves como la cabritilla de un guante, están ahora ásperas como las de una aldeana.

Su traje, de género ordinario, oprimia sus formas enflaquecidas por la miseria y trabajo.

¡Cuánto, cuánto habia cambiado la pobre Lucila!

— Mucho habeis padecido por mí, articuló por fin.

— Sí, Lucila; pero mayor es mi penar por verte en tan lamentable estado. Mucho he padecido, es cierto, pero en tu mano está dulcificar mi alma, volverle su tranquilidad...

— ¿Qué decís, caballero? ¿Ignorais que soy casada?

Una mirada de compasion fué la única respuesta que di á esa pobre mujer que á fuerza de sufrimientos se habia tornado egoísta y desconfiada.

Conoció sin duda el desacierto de sus palabras porque añadió mudando de tono:

— ¿Y qué me proponéis, Julian?

— Nada, porque nada debe proponerse á una mujer que no se pertenece.

— Y bien...

— Solo te suplico, te ruego, que me admitas parte de mi fortuna.

— ¡Nunca!

— ¿Y por qué? Yo soy jóven, solo, y de nada necesito... Además, Lucila, es el único medio para que la tranquilidad vuelva...

— ¡Jamás!

— ¡Ah! ¡eres bien cruel! A mí, que te he amado hasta el delirio, y que no he podido, ni jamás podré olvidar este desgraciado amor, me será insoportable verte sumergida en una espantosa miseria, trabajando sin descanso para que tu marido se prostituya en las tabernas... ¡Oh! ¡me admitirás, no es verdad?

Oye, mañana parto lejos de aquí, no sé dónde voy, pero quisiera ir contento...

— Es imposible Julian...

— Desgraciada, ¿y si mañana no tienes para que beba tu esposo?

— Se conformará...

— No hará eso; te levantará la mano ese infeliz como ya lo ha hecho otras veces.

— ¡Ah!

Y la pobre criatura en el colmo de su dolor prorumpió en llanto.

— ¿Con que todo eso sabéis? me dijo despues.

— Sí, Lucila, todo lo sé.

A este tiempo se hizo sentir un récio golpe en la puerta, era mi hombre, que como siempre se recogia beodo.

Lucila dió un grito de espanto.

Yo me interpuse entre ambos.

Él quedó inmóvil.

Pronunció algunas palabras ininteligibles y avanzó un paso.

— ¿Qué hacéis aquí? me dijo.

— Os buscaba á vos, le respondí.

Hubo un momento de silencio durante el cual aquel hombre miraba con ojos centellantes á Lucila.

Se acercó á ella y ocultó una mano bajo su blusa completamente mojada por la lluvia. Su ademán me pareció sospechoso y me preparé.

Pero me equivocaba, aquel hombre enteramente prostituido habia perdido su dignidad.

— Veamos para qué me quieres, añadió volviéndose á mí. ¡Calla! no habia reparado, eres el mismo cuyo retrato tenia mi mujer... le habia dado la mania de llorar sobre él... ¡Voto vá! si yo no sé á lo que vienes... sin duda á recobrar una prenda regalada en tiempos mas felices... ¿es verdad?

La sangre se me subía á la cabeza y la cólera me ahogaba al escuchar semejante razones.

Y hubo momento en que intenté abalanzarme sobre él, pero la reflexion me detuvo.

Le creia poseído de aquella enfermedad que se llama *delirium tremens*.

— No he venido á eso, le respondí, he venido á sacaros de la miseria. Soy rico y puedo daros dinero.

— Eso es otra cosa. En cuanto al retrato no tengo inconveniente en volverlo á entregar á Lucila... para... para que siga llorando sobre él... pero tú me darás para beber.

Era aquello infernal.

¡Pobre Lucila, cuánto padecia! Con la cabeza inclinada sobre su pecho, ni lloraba aun.

— Yo quiero beber, nada mas... y si como me dices me das dinero... mira, hoy solo me he bebido un vaso... Además, puedes venir cuando quieras, mi mujer estará mas conforme con el original que con la copia.

— ¡Basta, miserable! grité, no profanes con tu inmundada lengua á ese ángel que has arrastrado por el fango de tus infames pasiones. Adios, Lucila, mañana tu suerte se mejorará, hasta mañana.

— ¿Es decir que mañana me darás dinero para beber? Bueno, yo esta noche entregaré el retrato á Lucila...

Ella no movió un solo músculo de su semblante durante esta escena, parecia una estatua de pálido mármol.

Salió con la cabeza trastornada por lo que habia presenciado.

Y con mi plan formado.

VII.

Miles de reflexiones me asaltaron durante esa noche de insomnio.

Al siguiente día comuniqué mi plan al patron del parador, hombre de recto juicio, y mediante él no me fué difícil ponerme de acuerdo con el jefe de policia.

Al efecto, previas las formalidades de estilo, cedi una suma considerable de dinero, para que la autoridad asegurase una renta decente á Lucila.

Su esposo debía ser colocado en una casa de locos donde se haria lo posible para su curacion.

La realizacion de este plan, merced á mi actividad, quedó fijada para la noche de ese mismo día.

Mi alegría era grande.

Iba por fin á sacar de la miseria á esa infeliz.

En cuanto á mi, determinaba partir para otro lugar tan pronto como estuviera todo arreglado, dejando al patron del parador comisionado para que de cuando en cuando me diera noticias de Lucila.

VIII.

Llegó por fin la noche tan deseada.

Noche en que iba á hacer la felicidad de Lucila.

— Si su desgraciado esposo, pensaba yo, á fuerza de cuidados recobra su razon embotada por sus extravios, y vuelve tranquilo al lado de Lucila, entonces con ella alguna vez se acuerde de mi, seré bastante bien recompensado. ¡Oh! es imposible que pueda olvidarla... Partiré muy lejos, me fastidiaré, me atolondraré y nada, nada podré conseguir... la escena que he presenciado no se borrará jamás de mi memoria, á semejanza de esas pesadillas de la niñez que nos dejan vagos, pero imperecederos recuerdos.

Mientras hacia estas reflexiones que se sucedian en mi mente con el mismo desarreglo que las traslado al papel, me dirigia, entrada ya la noche, á casa del jefe de alta policia.

Él me esperaba con impaciencia y con la orden competente de la autoridad.

Nos embozamos en nuestras largas capas y echamos á andar seguidos de tres gendarmes disfrazados.

Nos dirigimos primeramente á la posada donde el esposo de Lucila acostumbraba beber su dosis cotidiana de aguardiente.

La posadera permanecia tranquila leyendo en su libro grasoso y desencuadernado.

Penetramos en el interior.

La pieza estaba desierta.

Mi hombre no habia llegado aun, y era la hora en que acostumbraba asistir.

No sé qué presentimiento me asaltó.

Presentimiento que comuniqué al jefe de policia.

Calmaos, me dijo este, no habrá tenido para aguardiente, y es por esto que no le hemos encontrado.

— Pero entonces la habrá pegado, dije yo, recordando lo mismo que el infeliz me habia dicho ébrio.

— No temais.

— Pues entonces, apresuremos el paso.

Y caminamos casi corriendo.

El corazon me latia y experimentaba cierto temor que no podia dominar.

La habitacion de Lucila distaba poco de la posada, por lo que llegamos en corto momento.

La puerta estaba cerrada, pero se percibia luz por las rendijas.

— Entremos, dije con precipitacion.

— Seamos prudentes, me respondió mi compañero.

Atisbó un momento, en seguida dió órdenes secretas á los tres gendarmes que se habian colocado á cierta distancia, y me dijo :

— Ahora podemos entrar.

Y empujó fuertemente la puerta que se abrió de par en par.

Todo en el miserable aposento permanecia como en la noche anterior, solo en Lucila, por el desarreglo de su traje, se conocia que antes de nuestra llegada habia tenido lugar alguna escena violenta.

La infeliz se sorprendió á nuestra repentina aparicion y procuró, aunque en vano, ocultar la desnudez de sus hombros y brazos.

No se atrevia á preguntar qué necesitábamos.

Yo estaba embozado hasta los ojos.

— ¿Os llamais Lucila? preguntó el jefe de policia.

— Sí, señor.

— ¿Sois casada?

— Sí, señor.

— ¿Vuestro esposo?

— Ha salido.

— ¿Vendrá hoy?

— Es probable.

— ¿No sabeis la hora?

La infeliz estaba agitada.

— ¿Y quién sois, caballero? preguntó con voz insegura.

— ¡El jefe de policia! Y al mismo tiempo bajó el embozo de la capa y dejó ver su uniforme.

Lucila dió un grito y se inclinó desanimada. Yo me precipité á sostenerla en mis brazos; pero ella rechazándome suavemente me dijo :

— Gracias, caballero.

En seguida dirigiendo sus pupilas á mi rostro :

— ¡Ah, Julian, Julian, salvadme! gritó corriendo hácia donde me habia retirado.

— ¡Sí, Lucila! ¡Ah! ¿y qué cosa no haria por tí? Y cubrí con mi capa la desnudez de su seno; nada tienes que temer, añadí, porque solo he venido á sacarte de la miseria.

La infeliz lloraba á mares.

— Creia que las lágrimas se habian agotado, Julian, me dijo, pero ahora veo que no, ¡gracias, Dios mio! ¡Cuánto se desahoga el pecho cuando se llora!...

En seguida, dirigiéndose al de policia :

— ¿Deciais que buscábais á mi esposo, caballero? le dijo.

— Con efecto, señora.

— ¿Y con qué objeto?

— Leed esta orden...

— No hay necesidad, me apresuré á decir, interponiéndome entre ambos, é hice al mismo tiempo un signo de inteligencia al jefe de policia, que guardó la orden.

Pero Lucila, con aquella penetracion propia de las personas desgraciadas habia sospechado que sucedia alguna cosa terrible.

— No hay por qué ocultarme nada, á todo estoy resuelta, dijo con una serenidad que me dió miedo.

— ¿Qué quieres decir, Lucila, crees acaso?...

— En fin, señor, cumplid las órdenes de vuestros superiores, estoy pronta á seguiros, en cuanto á mi esposo, dentro de breves instantes estará aquí.

— Cálmate, Lucila...

— Dejadme sosegada, caballero.

La presencia de ánimo de aquella mujer, en tales circunstancias, era extraordinaria.

— Enhorabuena, esperaremos á mi marido y nos conducireis juntos; no os ofrezco asiento, porque, como veis, no los hay.

Y se sentó en el único taburete reclinando sus espaldas en la tosca y húmeda muralla. La bugia se iba concluyendo.

Pronto íbamos á quedar á oscuras.

El jefe notó esta circunstancia y habló con uno de los tres gendarmes, quien volvió á poco con una encendida.

Lucila habia seguido con avidez los movimientos de mi compañero, despues ahogó un suspiro.

Se veia, á pesar de su orgullo, obligada á aceptar esa limosna.

— ¡Limosna que ese hombre desconocido para ella, sin ceremonia alguna, se atrevia á hacerle!

— Gracias... dijo apenas, en seguida dirigiéndose á mi; siento una opresion al pecho, Julian, y conozco que no resistiré muchos días á este nuevo golpe, vos que sois mi único amigo, no os apartéis de mí, ¿no es verdad? Me acompañéis hasta donde me conduzca ese caballero, Julian...

— ¡Al mismo infierno, Lucila, iré por tí! Y devoraba con los ojos su rostro marchito y sin embargo bello. ¡Ah! grité, ¡esas manchas!...

A la luz de la nueva bugia acababa de ver su cuello y rostro cubierto de manchas amarillentas.

— Es que me ha pegado hoy mi esposo, porque no tenia dinero para beber, me dijo con la humildad y resignacion de un ángel.

Aquella mujer era incomprensible.

IX.

Mi presentimiento no habia sido infundado.

Y mi compasion por Lucila subió de todo punto.

— Es preciso poner término á tus padecimientos, tu naturaleza delicada no podrá resistir por mas tiempo el indigno trato que sufres.

— ¡Ah! Julian, conozco que es un castigo de la Providencia y me resigno á él.

— No, es que Dios ha querido someterte á una prueba demasiado terrible, es verdad.

— Muy terrible, Julian, porque no he tenido un momento de reposo... Mi existencia ha sido una serie de desgracias y sinsabores; vos no los podreis comprender...

— Háblame con franqueza, Lucila, desahoga tu corazon en el de un amigo...

— Todo os lo diré...

El jefe de policia se retiró hácia la puerta dejándonos en completa libertad para hablar.

— Perdonadme, Julian, dijo ella ocultando su rostro contra mi pecho, perdonadme lo que os he hecho sufrir... todo lo he sabido, desde cuando volvisteis hasta el día que desaparecisteis de N..., soy muy criminal y es justo que sufra mi castigo. Dudé de vos y á instancias de mi madre me desposé... Desde entonces no he tenido un momento de descanso, y de noche he tenido horribles pesadillas, os he visto desesperado algunas veces, suicidado otras y he despertado sobresaltada, mi único consuelo ha sido contemplar vuestro retrato. Quedábame algunas veces trasportada, y se renovaba en mi cerebro caloroso, aquellos días felices de nuestro amor; pero esto duraba un instante y luego venia la realidad con toda su desesperacion. Mi esposo habia cambiado considerablemente para mí, y con frecuencia pasaban días enteros sin que me dirigiera una palabra...

Una ocasion...

Lucila, que habia hecho un poderosísimo esfuerzo para hablar, no pudo continuar porque las lágrimas y sollozos enmudecieron su lengua.

Yo sentia un enorme peso sobre el corazon.

No podia llorar. ¡Ah! ¡cuánto hubiera dado por haber podido mezclar mis lágrimas con las suyas!

Despues continuó un poco mas tranquila :

— Una noche llegó mi esposo, segun costumbre, muy tarde, yo estaba en mi lecho, y aunque despierta, aparenté dormir. Se metió en cama y á poco principió á hablar palabras que no pude comprender y terminó por quedarse profundamente dormido. Entonces abrí los ojos, me incorporé sin hacer el menor ruido y me puse á contemplarle... Una lamparilla de noche ardia en la alcoba... Su frente estaba surcada de arrugas, su pelo habia principiado á encanecer, en poco tiempo habiase envejecido... debía ser presa de grandes sufrimientos; las lágrimas asomaron á mis ojos y con ellas humedeci su frente al darle un beso... tambien sufría como yo... Cuando iba á reclinarme para intentar conciliar el sueño, principió á hablar. ¡Ah! ¡recuerdo perfectamente sus palabras!... animó su rostro con una expresion que me dió miedo y principió á gritar : ¡Ocho mil á vos! ¡á vos veinte mil!... en seguida dió un grito que me hizo estremecer, y despertó.

— Y bien, ¿por qué has gritado? me dijo.

— Érais vos que soñabais, le respondí.

— ¡Estaba soñando! repuso él muy sorprendido, ¿pero qué decia, dime... y qué decia?

Yo me moria de miedo y no podia responderle.

— ¿Con que no hablarás?

— Nada sé, tambien dormia.

— ¡Mientes! me dijo, y cogiéndome de un brazo me arrojó del lecho... Profirió una maldicion y volvió á dormirse. Desde esa noche que pasé en vela, no me he atrevido á dirigirle una palabra porque me habria pegado.

Iba á continuar cuando la voz del jefe de policia se hizo oír.

— Alto ahí, caballero, daos preso.

Habia llegado el esposo de Lucila.

X.

Lucila quedó inmóvil.

Yo me moví del asiento y maquinalmente avancé hácia la puerta.

Tenia la cabeza trastornada por lo que habia visto y oído. Estaba como idiota.

El esposo de Lucila entró al aposento.

— ¿Qué significa, Lucila, estos hombres aquí? preguntó.

— No culpeis á esa señora, caballero, se anticipó á decir el jefe de policia, hemos venido á cumplir la mision que se nos ha confiado.

— No os comprendo.

— ¡Leed!

— ¡Una orden para que se me prenda! En verdad, en verdad caballero, que el que firmó estaba loco ó soñando.

— Y sin embargo, no dejareis de comprender que debo cumplirla.

— Concluyamos.

— Al momento, si gustais, marchemos.

— No os seguiré, tengo plena conviccion de que no he cometido ningun crimen.

— Sin embargo...

— Os digo por la última vez que no saldré.

— No nos obligueis, caballero, á conducirnos por la fuerza.

— No me intimidan dos hombres, podeis partir de este principio.

— Caballero, dije yo, habeis contado mal, yo no pertenezco á la policia.

El esposo de Lucila mudó de color, me miró un momento y dió una fuerte carcajada.

El de policia me miró á la cara, admirado de la repentina transicion de aquel desgraciado.

— Es verdad, no pertenezcis á la policia, dijo despues. Me habeis iluminado, comprendo el objeto de esa orden. Lucila, añadí dirigiéndose á esta, dad á este caballero las gracias en mi nombre, porque emanadas de vuestros labios le serán mas agradables. Vamos, caballero.

Y salieron.

No me fué posible hablar una palabra de pronto, ni aun moverme del lugar que ocupaba, hubiera jurado que mis piés habian echado raíces en la tierra.

Lucila no habia mudado de posicion, con la cabeza inclinada, la frente apoyada en una mano, y reclinada contra la pared habia presenciado esta rápida escena.

Cuando volví en mí, me dirigi donde estaba ella.

— ¿Aun estais aquí? me dijo completamente tranquila al parecer; aunque era evidente que era presa de un gran sentimiento interno.

No pude responderla.

MANUEL CONCHA.

(Se continuará.)

El Bourayne y los piratas chinos.

Siete buques destruidos, cien cañones tomados ó sumergidos, y mas de quinientos piratas muertos. Este es el resultado que ha obtenido en tres combates el aviso el Bourayne, en su viaje de exploracion hecho por este buque á lo largo del litoral anamita, en los



Combate dado por el aviso francés *Bourayne*, contra piratas chinos en el litoral anamita

meses de octubre y noviembre de 1872.

El primer combate tuvo efecto el 21 de octubre.

En este día, el aviso se encontraba á la altura de la isla Hon-Tse, cuando distinguió dos juncos de apariencia sospechosa, que á su vista se apresuraron á refugiarse entre la isla y la costa. El *Bourayne* se empeñó en seguida, con las debidas precauciones por estos sitios desconocidos. El combate no se hizo esperar mucho tiempo, pues muy pronto los piratas empezaron la acción por un cañoneo vigoroso y perfectamente dirigido.

El *Bourayne* rechazó el ataque y el fuego llegó á ser muy vivo por ambas partes. Muy en breve los piratas abrumados por las descargas de fusilería, abandonaron uno de los juncos para reconcentrarse en el otro, en donde hicieron una desesperada resistencia, hasta que este, agujereado por nuestras bombas, se iba á pique visiblemente. Sin embargo, la tripulación no hizo la menor demostración de rendirse, sino que refugiándose en la proa que aun flotaba, quemaron hasta su último cartucho con un valor digno de mejor causa, desapareciendo después en el abismo. Trescientos hombres perecieron en este primer combate.

Seis días después el *Bourayne* se dirigía á las islas Hon-Mé, en donde le habían señalado la presencia de algunos piratas. En efecto, vió cuatro juncos que se aprestaron para la batalla colocándose, según costumbre, de dos en dos.

Al cabo de un cuarto de hora de combate á corta distancia, el primer grupo se fué á pique, consiguiendo una parte de su tripulación refugiarse en una isla vecina por medio de piraguas. Por lo demás, la resistencia fué tan enérgica como en el primer combate; pues los piratas no abandonaron sus buques sino cuando los consideraron perdidos. Los otros dos juncos huyeron á la costa casi sin combatir. Las embarcaciones del aviso se apoderaron de los dos juncos: uno fué incendiado en la playa y el otro sufrió igual suerte á lo largo de la costa.

La tercera batalla tuvo efecto el 28 de octubre.

El *Bourayne* había anclado en el lugar del combate, y durante la noche un jenco equipado de piratas, creyendo una señal las llamas que devoraban todavía el jenco incendiado en la playa, se aproximó á la costa. Entonces al amanecer el aviso maniobró para cortar la retirada, y después de una lucha muy viva de media hora, concluyó por irse á pique con toda su tripulación.

Este último jenco estaba armado de 16 á 18 piezas de artillería, de las cuales había varias de á 24.

Estos fueron los tres combates, que dieron por resultado librar de estos bandidos los pueblos del litoral, cuyos puertos tuvieron bloqueados durante muchos meses. Este triunfo no se ha obtenido sin trabajo ni sin pérdidas graves.

Con efecto, el *Bourayne* ha recibido algunas batidas de cañon y de fusil en el casco, y destrozado su aparejo, con cinco hombres heridos mas ó menos gravemente.

Estos detalles están sacados de un despacho dirigido al ministro de Marina y de las Colonias por el comandante del *Bourayne*, M. Senez, que ha sido promovido al grado de capitán de navío en recompensa de su buen comportamiento.

P.